

tres se abrazaban celebrando, el estadio estaba tan callado que parecía un camposanto.

Luego, cuando el sistema inteligente arbitral decretó el fin de las acciones, nadie objetó nada. A diferencia de los tradicionales partidos de fútbol humanos, donde el perdedor le echa la culpa al árbitro o a las marullas del adversario, aquí nada se dijo; no hubo ni una queja, ninguna objeción. Mientras el público abandonaba el estadio con aire de funeral y el mundo entero estaba en la misma tónica, los quince vencedores salieron muy pronto del estadio, abordaron un autobús que los condujo al aeródromo y en pocos instantes la nave alzó vuelo y se perdió en el horizonte.

Apenas unas horas después de estos eventos arribó otro mensaje de ellos; en él manifestaban (no sé si de modo auténtico) su pesar porque nosotros habíamos sido derrotados. Recalcaban que ellos habían jugado apegados a las reglas y que por eso no habían cometido ni siquiera una falta, que en los próximos meses la vida humana en la Tierra llegaría a su fin. Terminaron esa nota diciendo que, aunque respetaban nuestra cultura, pensaban que por fin el fútbol había servido para algo valioso; que por primera vez ellos habían contemplado un juego de balompié con un auténtico significado.

Los días siguientes no quisiera recordarlos; las imágenes que presenciábamos oscilaban entre lo horrendo y lo ridículo. En cientos de ciudades del mundo se multiplicaron los suicidios; algunos reclamaron al gobierno que hiciera algo, pero la verdad es

que era materialmente imposible. Volvieron a aparecer los que demandaban una rebelión armada frente a los extraterrestres, a sabiendas de que nuestra tecnología era claramente inferior. Volvieron a aparecer los ingenuos optimistas que repetían que toda la historia del partido de fútbol decidiendo la suerte de un planeta no era sino una exquisita broma de ellos y que a última hora ellos no nos exterminarían. Escuché cuanta idea fuera concebible. Algunos decían que era sádico e inhumano que el destino de la humanidad se hubiera jugado en un tonto partido de fútbol; otros aseveraban que la Tierra jamás habría sido borrada si no hubiéramos inventado ese deporte. Alguien propuso que matáramos a todos los ingleses por haber inventado ese juego y que ofreciéramos esos cadáveres a los extraterrestres, a ver si nos perdonaban; alguien apuntó que debíamos pedir la revancha y que, si perdíamos de nuevo, esta vez sí era válido destruirnos. Algunos exigían un partido de vuelta en el planeta de los invasores; otros anotaron que había un complot y que unos pocos humanos adinerados les habían pagado a los extraterrestres para que no los mataran. Hubo quienes sugirieron que ellos quizá nos perdonarían si implorábamos clemencia de modo colectivo...

Empero, contradiciendo todas estas conjeturas, en el plazo fijado por ellos la hecatombe comenzó; sin ninguna sutileza o buen gusto, los alienígenas empezaron a provocar explosiones en distintas de las grandes urbes del mundo, matando a millo-

En tiempos de la República, en Roma el comercio era visto con desprecio. Se ensalzaban las virtudes morales y marciales de cada uno de los ciudadanos, desde los patricios hasta la plebe.

Las legiones, como brazo armado del Senado y del pueblo romano, defendieron las fronteras de esa pequeña tribu del Lacio y fueron ampliando su territorio hasta que se toparon con el poder de Cartago.

Los cartagineses eran comerciantes amantes del lujo y de placeres ostentosos; su riqueza les permitía contratar mercenarios y comprar casi cualquier cosa. Para los frugales romanos de aquella época, representaban el máximo de la perversión, que se denotaba en los sacrificios humanos habituales de la religión llegada de Fenicia, costumbre que los latinos hacía tiempo que habían dejado de lado.

El enfrentamiento entre dos cosmovisiones se hizo, entonces, inevitable. Ya no era una rivalidad con pequeñas ciudades-Estado de la Magna Grecia, sino una amenaza en el patio trasero llegada de Oriente.

Las sucesivas Guerras Púnicas que tuvieron lugar en los siguientes años terminaron con la destrucción de Cartago, pero también habían sembrado la semilla de la caída de Roma.

El Mediterráneo se había convertido en el *Mare Nostrum*, una "quintita" de uso exclusivo que permitía llegar a cualquier otro mercado conocido.

Algunos privilegiados comenzaron a considerar que era mejor saber manejar monedas que la espada; acumular riquezas antes que conocimiento. La carrera senatorial fue mejor vista que la castrense y el arte se convirtió en mercadería y símbolo de lujo.

Empezaron los amiguismos, el clientelismo y los favores por conveniencia. Pero también se acercó el apogeo. Nació el Imperio y se alcanzaron los mayores logros. Pero también se inició la decadencia.

Sólo una religión traída de Oriente permitió que mucho de aquel mundo sobreviviera. Lo que quedó se vio amenazado nuevamente por otra religión oriental, pero Europa pudo resistir una vez más. Tuvieron lugar las Cruzadas y la Reconquista, con momentos trágicos y bochornosos, pero también —como siempre, inevitablemente— con periodos gloriosos y sublimes.

Ahora, repitiendo el ciclo, Oriente y Occidente parecen enfrentados.

Pero acaso el verdadero conflicto sea otro.

Tal vez se trate tan sólo de una elección. De elegir entre lo trascendente o lo inmediato; entre lo moral y lo material.

Por eso **NM** opta por la emboscadura. Como los celtas y los germanos, preferimos las montañas nevadas y los lagos en los que se arrojan las joyas como ofrenda a la divinidad; los bosques donde se puede comulgar con la naturaleza. La belleza antes que el beneficio. Porque consideramos que allí reside la grandeza del ser humano.

Así, este número corresponde a elecciones. Seguir adelante pese a la adversidad; emprender un viaje; desafiar una amenaza; confrontar lo desconocido; enfrentarse a sí mismo; ponerse frente al otro; tomar todo como un juego. Tomar decisiones, buenas o malas, con todo lo subjetivo que ellas implican. Pero que sean nuestras.

Tenemos que estar seguros de que no le podemos echar la culpa a nadie de nuestras equivocaciones y de que no le debemos a nadie nuestros aciertos. En última instancia, las elecciones las impone la vida. Los que elegimos somos nosotros.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X7. Los archivos PDF se optimizaron con PDF-Xchange Viewer y jPDF Tweak 1.1.

el metro setenta al metro noventa, muy delgados, a los que —si no fuera porque se sabía que no eran nacidos en la Tierra— cualquier hubiera tomado por sujetos natales de este globo. Recuerdo que se comentó que el trabajo bioingenieril para crear esos quince humanos tan idénticos a los terrestres revelaba de entrada una civilización tecnocientífica muchísimo más adelantada que la humana. Aquel día uno de los androides acompañantes habló por un micrófono a todo el público congregado en el aeródromo espacial y explicó que, como muestra de *fair-play*, ellos permitirían que por un par de días un grupo de médicos y psiquiatras humanos se llevaran a su equipo a un hospital y lo sometieran a todo tipo de exámenes físicos y psíquicos, de modo que se constatará que la quincena de individuos no posea ningún talento, capacidad o poder especial.

Mediante este análisis —explicó el androide portavoz— se demostrará sin duda alguna que nuestros jugadores son física y psíquicamente idénticos en capacidades a los suyos, y así se despejará cualquier posibilidad de pensar que hay trampa.

En fin. El día del partido que se jugó en el Estadio Nacional de Tokio, las graderías estaban a reventar. Sesenta mil personas abarrotaron el lugar y a la vez hubo transmisión para la totalidad de los diez mil millones de humanos del planeta, que esta vez sí vieron la transmisión, pues en ella, literalmente, les iba la vida. Cuando los dos equipos saltaron a la cancha, el público enloqueció. Mientras al conjunto hu-

mano se lo aplaudió con rabia, se re-chifló a los extraterrestres humanoides. En cierto momento, las decenas de cámaras inteligentes que rodeaban la cancha dieron la señal y el partido comenzó. ¿Qué puedo decir? Los once humanos de ese día corrieron más allá de sus propios límites físicos; tanto que dos de ellos sufrieron un infarto segundos después de culminado el encuentro. Jamás en mi vida he visto tal derroche de enjundia y valentía sobre el césped. Jamás volveré a verlo. En cuanto al equipo extraterrestre jugó con absoluta limpieza y fue una máquina de precisión milimétrica. Sus pases parecían hechos con escuadra y regleta; sus fintas, dribles, bloqueos, avances o retrocesos fueron absolutamente asépticos. He visto cientos de partidos de fútbol en mi vida, pero jamás había contemplado a un equipo que al finalizar los noventa minutos hubiera cometido cero faltas. Porque así fue. Cuando el partido concluyó, el tablero electrónico del estadio reveló que el conjunto visitante no había cometido ninguna falta, mientras que los humanos cometimos veinte. Ellos ganaron un gol por cero debido a un penalti que fue cometido por un defensa nuestro cuando uno de sus delanteros, libre de marca, se aprestaba a fusilar al arquero. Cuando el sistema inteligente arbitral pitó la pena máxima nadie protestó, pues era evidéntísimo que el error era nuestro. Ante sesenta mil espectadores atónitos y mudos y diez mil millones de humanos en la misma condición, uno de ellos cobró, nuestro arquero se estiró en vano y la pelota entró implacable en nuestra portería. Recuerdo que mientras los extraterres-

hacer carrera cuando el sexto mensaje extrahumano arribó.

No —anunciaban—, queremos que por una vez su juego intrascendente en realidad sea trascendente; que por una vez ese correteo insulso se haga por algo que valga la pena en vez de por dinero o fama. El desafío es real; no es una broma ni una estratagema para hacerlos reflexionar. No. No nos interesa que dejen de jugar al fútbol. Nuestro equipo llegará a su planeta en un mes exacto contado a partir de hoy y veremos si son capaces de vencerlo. Prepárense. Repetimos que no hay trucos.

Y así fue. Por aquellas calendas alguien propuso que apenas llegaran los humanos fabricados por los alienígenas, para representarlos en su maldito partido de fútbol, se los matara y se impidiera el disparate. Entonces entró otro mensaje donde los extraterrestres anunciaban que, si a su equipo le sucedía algo malo, eso para ellos era igual a fracasar en la prueba e inmediatamente seríamos eliminados. De ese modo, el mundo entero se resignó a que, por primera vez en su patética historia, debería jugar fútbol en serio. Más en serio de lo que jamás había jugado partido alguno.

En los días siguientes el planeta Tierra se dedicó a elegir el equipo que lo representaría para el encuentro deportivo más importante en toda la historia humana. Hubo cuanta controversia y altercado se pueda imaginar, pero lo cierto es que en menos de una semana se eligió a los jugadores y al cuerpo técnico. El equipo estaba conformado por el último cam-

peón mundial de fútbol, al cual se le agregaron cuatro o cinco figuras más como refuerzo; el cuerpo técnico estaba encabezado por el último entrenador que había alcanzado el título orbital, asesorado por cuatro o cinco expertos reconocidos. Los quince deportistas escogidos se congregaban en una sede, para empezar su adiestramiento, cuando llegó otro mensaje de los invasores. Allí se anunciaba que los árbitros (dos centrales y seis jueces de línea) serían robots que jamás se equivocaban y que ellos los traerían. Cuando los humanos protestaron, aduciendo que ellos podían programar a los robots para que favorecieran a su equipo, contestaron que entonces los humanos podían proporcionar los árbitros, siempre y cuando fueran ejemplares de inteligencia artificial. Por fortuna (¿o desdicha?) para el mundo, una compañía japonesa había desarrollado ya un sistema con cámaras inteligentes para arbitrar fútbol y, tras una breve revisión por parte de los extraterrestres, se le proporcionó el visto bueno. Más o menos un par de semanas después, una nave enteramente negra con forma de puro y como de unos cien metros de largo aterrizó en Tokio (lugar donde se había decidido jugar el partido de la vida o la muerte). Del bajel espacial, y entre el miedo y el asombro popular, descendieron primero unas decenas de extraños androides humanoides como de dos metros de estatura y enteramente verdes. Tras unos minutos aparecieron también en la puerta de la nave los quince jugadores alienígenas; eran individuos con diversas estaturas, que iban desde

EXTREMO CUIDADO

GUILLERMO ECHEVERRÍA

La claridad nos despertó.

Clara se acercó, pasé mi brazo izquierdo por debajo de su cuello y ella apoyó su cabeza en mi hombro. Nos quedamos así, remoloneando un rato. Su cara estaba muy cerca, de modo que podía verla bien sin mis anteojos, aunque perdiendo algunos detalles, como las manchas de sus iris.

La luz del sol traspasaba la lona e iluminaba con un resplandor tenue y amarillento el interior de la carpa.

Después de media hora, nos levantamos. Eran las siete y treinta. Clara fue a servir el café hecho el día anterior que quedaba en el termo, mientras yo seguía la rutina de todas las mañanas para colocarme los anteojos: abrir la cartuchera, tomarlos por el puente, separar las patillas, estirar el cordón y ponérmelos; acercarme a la palangana y la jarra; quitármelos, echarles agua por los dos lados y vol-

ver a ponérmelos; sacar el pañuelo de abajo de la almohada, secarlos y ya no volver a quitármelos por el resto del día.

Eran anteojos especiales. Mi miopía era muy alta; veintiuno en un ojo y dieciocho en el otro. El grosor que deberían tener los cristales, de aproximadamente tres centímetros, estaba reducido a casi uno y ya no tenían ese verde oscuro que hacía que en la escuela nos llamaran “anteojudos culo de botella”. Recuerdo haber dejado a uno sin dos dientes por llamarme así.

Por eso debía tener un cuidado extremo con ellos; después de la “Última Guerra” y de los pulsos electromagnéticos que la terminaron, ya no había tecnología para hacerlos ni para diagnosticarlos, ni siquiera para unos anteojos comunes.

Obviamente estaban hechos a medida, así que no servía para nada

ir a una óptica y tomar cualquiera. ¿Quedarían ópticas que no estuvieran destruidas? Las ciudades eran un caos. Por eso vinimos a las sierras; para alejarnos de la gente. Una ciudad sin luz ni teléfonos es presa del miedo y la gente con miedo hace barbaridades. Saquea, mata, roba; ya no hay control social, familiar ni personal. Por eso nos fuimos.

Para alguien con miopía, no tener puestos los anteojos hace que el mundo se desdibuje. De las cosas cercanas sólo se ven formas y colores; se pierden los detalles, los límites, las líneas. Obviamente la luz influye: cuanto menos luz ilumine los objetos, menos detalles se ven.

A media distancia, los objetos pequeños que están sobre superficies grandes, como una mesa, se confunden con el fondo; sólo se ven los colores dominantes que se van atenuando a medida que los objetos están más lejos, salvo que exista mucho contraste.

Para intentar leer o escribir sin los lentes, hay que acercarse a casi un centímetro; imposible.

Si uno está un rato sin los anteojos puestos, algunas cosas se ven mejor, pero no mucho; no es la gran cosa. Sólo un mínimo acostumbramiento y acomodamiento de los ojos a la nueva situación, hasta que empieza el dolor de cabeza porque uno trata de enfocar más de lo que sus ojos resisten.

Y de lejos sólo se ven formas borrosas y colores brillantes.

Uno se siente perdido en medio de una niebla muy tenue que lo desvirtúa todo.

Es frustrante.

Incluso con los anteojos puestos, si hay determinadas combinaciones de colores, luces y sombras, algunos objetos no se notan lo suficientemente bien.

Estábamos acompañados por Yamila y Esteban; a los dos los conocimos en el taller de ciencia ficción al que íbamos todos los viernes.

La vida era y es difícil; tenemos que cuidar todo al máximo. El café y el té que nos quedan son sólo para ocasiones muy especiales. El molinillo de café tiene despegada la base y, como ya no tenemos pegamento, está atada con un hilo. Dependiendo de lo que sea, es muy difícil arreglar algo que se rompe. Y tenemos productos que cuando se acaben ya no se podrán reponer.

No tenemos radios, ni celulares, ni *laptops*, ni mp3, ni televisión, ni nada electrónico; sólo libros, cuadernos y lápices.

Los días pasaban rutinarios: dormir, procurarnos el alimento del día, cocinar, comer, higienizarnos, volver a dormir. Cuando no hacíamos nada de esto, nos tomábamos tiempo para escribir, leer, charlar. Nos sentábamos sobre alguna piedra y mirábamos el paisaje, tratando de descubrir cosas nuevas todos los días y de anotarlas o recordarlas.

Muchas veces vimos grupos de gente que se desplazaban buscando un lugar donde establecerse; cuando notábamos que se acercaban demasiado, levantábamos todo y nos íbamos, para apartarnos lo suficiente del resto del mundo.

Todo era recordar o imaginar: películas, cuadros, imágenes, libros que no pudimos traer con nosotros, poemas, frases, caras, lo vivido el día an-

teriosamente la atención toda la importancia que le adjudicábamos al balompié.

Cuando hay torneos de fútbol, ya sean regionales o mundiales —declaran—, sus habitantes se paralizan, se abandona cualquier actividad sólo para contemplar por noventa minutos a veintidós homínidos persiguiendo una esfera. Todo el dinero terrestre se mueve alrededor de ese juego; todas las comunicaciones. Pueblos enteros se embotan observando esos correteos; allí se involucran todo tipo de gobiernos y figuras públicas. Pues bien, esto nos ha llevado a tomar la decisión de que para nuestra prueba elegiremos su fútbol. En general sus partidos de ese juego carecen de importancia y, sin embargo, la mayoría de su población les adjudica una trascendencia infinita; algo fútil es asumido como si fuera primordial. Por una vez concederemos a su pasatiempo una envergadura que no tiene. Nosotros enviaremos un equipo de fútbol que nos represente y que jugará un solo partido, en el lugar del mundo que ustedes elijan, contra una selección de sus mejores jugadores planetarios. Si ustedes triunfan, les dejaremos vivir; si son derrotados, los borraremos como ya vieron en videos anteriores que les enviamos. Por nuestro equipo no se preocupen; nuestros biólogos pueden bioformar homínidos idénticos a ustedes y enviar quince sujetos que nos representen. Nuestras creaciones no serán más rápidas, más fuertes ni más inteligentes que ustedes, porque entonces el juego no sería justo. Eso sí, sabrán jugar fútbol. Además, no haremos trampa; así como nuestra selección puede vencerlos, también podría ser derrotada. En esto no hay ningún truco.

Esta cuarta comunicación dejó al mundo entero entre loco y aturdido. ¿La famosa prueba de la cual hablaban los extraterrestres era un partido de fútbol? ¿De verdad eran tan idiotas o tan dementes como para apostar la supervivencia de todos los habitantes de un planeta a un mentecato juego de balompié? ¿Estaban hablando en serio?

La quinta nota que llegó por esos días aclaraba que la propuesta era en serio y que a ojos humanos era normal que ellos parecieran idiotas y dementes. Advertían también que no cambiarían el desafío y que —al contrario de lo que opinaban algunos humanos por esos días— no era posible la coexistencia pacífica de mundos diferentes hasta que no se pasara la prueba.

Ante la disyuntiva, por esos días algunas personas plantearon que los extraterrestres en realidad no querían destruirnos, sino que con ese reto querían que la raza humana se diera cuenta de una de las tantas costumbres imbéciles que aún la lastaban.

—El desafío extraterrestre no es real —argüían entonces esas gentes—. La *boutade* del partido de fútbol es una especie de *koan* zen para que lo meditemos y comencemos a abandonar tantos hábitos estúpidos que aún conservamos. Sugeriríamos decirles a los extraterrestres que, si tanto les molesta nuestro tonto fútbol, lo aboliremos y ya. Ahora mismo podemos dejar de jugar esta burrada en el planeta y asunto arreglado.

Esta idea consiguió cierta aprobación mayoritaria y ya empezaba a

o las ruinas de lo que al parecer habían sido los mundos que habían fallado el examen; en las imágenes sólo se advertía desolación, escombros por doquier de lo que seguramente alguna vez fueron ciudades extra-terrestres. Ni un solo ser vivo. Cuando el segundo mensaje fue difundido a escala global, cundió el pánico. ¿Los alienígenas nos estaban amenazando? ¿Nos estaban advirtiendo que si no aprobábamos la famosa “prueba”, correríamos el mismo destino que esos otros mundos arrasados? ¿Era mejor alejarse de ellos?

Pues bien, la Tierra aún no entendía cuál era el propósito del segundo mensaje, y había una confusión general, cuando arribó el tercero. Allí se aseveraba que era imposible alejarse de ellos, que si intentábamos hacerlo lamentaríamos las consecuencias, que para que viéramos que hablaban en serio destruirían cierta montaña del planeta Marte en veinticuatro horas terrestres. Y así fue. Un día después de la llegada del tercer mensaje, nuestros satélites reportaron que la montaña indicada en la comunicación había sido borrada de repente por una misteriosa conflagración. Era —decía el reporte— como si la montaña hubiera sido objeto de alguna clase de implosión. Lo único cierto es que, donde antes estaba esa tremenda elevación marciana, ahora sólo había un fenomenal hueco.

Cuando la noticia del cumplimiento de la amenaza se difundió, un temor desconocido recorrió el planeta. Los científicos manifestaron que lo ocurrido en Marte probaba que los extraterrestres de los mensajes hablaban

en serio y que era mejor tomar alguna medida al respecto.

Los días siguientes se oyeron toda clase de voces. Algunos sugirieron que los humanos les declararíamos la guerra a estos alienígenas y que los atacáramos en su mismo globo, pero sólo en ese momento el gobierno mundial informó que no se sabía con exactitud de dónde provenían los mensajes, pues en los tres casos ellos habían llegado desde tres puntos distintos de la Vía Láctea. Además, nuestras armas —a diferencia de las de ellos— no eran capaces de atacar a semejantes distancias. Otros sugirieron que ya no contestáramos a sus comunicados, pero entonces nos dimos cuenta de que ya era tarde; la destrucción en Marte probaba que estábamos totalmente identificados y que no nos podíamos esconder. Alguien propuso que abandonáramos la Tierra, pero lo cierto es que ésa era una idea impracticable; tal vez podría escapar un 1% de la población a alguna colonia cercana, pero el 99% restante no podía hacerlo. Todas las ideas se escucharon por esos días, desde las más sensatas a las más disparatadas; todavía estábamos enredados en esa discusión cuando llegó el cuarto mensaje.

¿Qué anunciaban esta vez? Todavía hoy no entendemos la idea ni su significado, pero fue así. En su cuarta nota los extraterrestres declaraban que nuestra supervivencia como especie dependía del fútbol, así como de descabellado suena. En un largo texto, los alienígenas planteaban que nos habían observado por décadas y que les había llamado

terior. Aunque recordar es un buen ejercicio, estábamos desacostumbrados y por momentos resultaba agotador.

Cuando el último resplandor del sol todavía iluminaba el paisaje, entrábamos a nuestra carpa para ya no salir hasta el día siguiente. Entonces aprovechábamos para estar desnudos y disfrutamos, aunque fuera sólo mirándonos. Me gustaba descubrir nuevas pecas en su cuerpo, nuevas marcas. Mirando sus pecas, trataba de encontrar dibujos significativos, como en la Antigüedad hacían con las estrellas; cuando encontraba uno, lo dibujaba y le ponía nombre.

Disfrutábamos mucho más del sexo. Ya no había horarios, ni viajes agotadores en colectivo o en subte, ni jefes, ni usuarios, ni clientes, ni nada; sólo tranquilidad. Ésa es una de las pocas ventajas de toda esta situación.

También teníamos que cuidar los preservativos; lograr que duraran lo más posible. Tener un hijo en estas circunstancias no sólo es complicado, sino también peligroso.

Las dos parejas manteníamos nuestra intimidad resguardada, pero cuidándonos entre nosotros. Nos juntábamos para buscar alimento y almorzar. Los viernes por la tarde nos reuníamos a “tallrear” lo que escribíamos durante la semana o para charlar sobre lo que leímos. Tratamos de mantener aunque sea eso de nuestra vieja vida. Muchas veces escribimos sobre mundos posapocalípticos y ahora estamos viviendo en uno.

La vida transcurría así, con privaciones, con ventajas y con cuidados; hasta que todo se derrumbó.

Ya era el mediodía y, mientras caminábamos para recolectar hongos, sin querer resbalé al pisar unas hojas mojadas, se me salieron los anteojos y caí sobre ellos. Se partieron por el puente y un vidrio se estrelló. Ya no servían; el cristal era insalvable y no tenía otros.

Clara trató de que no me cayera, pero no pudo evitarlo.

Me quedé de rodillas, mirándolos. Ella no dijo nada; sólo me sostuvo la mano y me acompañó.

Quise ir a la carpa. Me tomó del brazo, recogió los anteojos y me condujo.

Una vez adentro, lloré y lloré por horas. Clara se sentó con las piernas cruzadas y yo escondí la cabeza entre ellas. Mientras me acariciaba el pelo trató de convencerme de que todo estaría bien, pero no logró hacerlo. Me dijo que iba a ayudarme en todo y que me cuidaría como yo la había cuidado todo este tiempo.

En los días siguientes me preguntaba qué iba a pasarme si a ella le ocurría algo. No quería ser una carga para Yamila y Esteban. Los tres me decían que no pensara en “qué pasaría si”, pero no podía evitarlo; de noche me despertaban las pesadillas.

¿Y si a los tres les pasaba algo?

Estuve meses sin reírme. Vivía en un mundo de formas borrosas.

Clara tenía que hacerlo todo sola. Yo ya no me sentía útil. Ella me insistía para que la ayudara y yo terminaba haciéndolo, pero no porque estuviera convencido que era de utilidad, sino por miedo; no quería separarme de ella por nada, ni siquiera dentro de la carpa.

Ella me leía; era imposible para mí sin los anteojos. Yo le dictaba cuando tenía ganas de escribir, que era casi nunca, y ella me alentaba a que imaginara historias ahora que no podía inspirarme en lo que veía; pero yo no quería ser más carga de lo que ya era, y cuando se lo decía se enojaba conmigo. Por suerte, no le duraba mucho.

Para seguir explorando su piel y encontrar nuevas pecas casi pegaba mi cara a su cuerpo, así que ella aprovechaba para alentarme a recorrerla con mi boca, pero muchas veces no tenía ganas. Era muy difícil para mí no encerrarme, no estar enojado.

Afuera de la carpa ella era mi lazarillo, me tomaba de su brazo y caminaba muy despacio; adentro yo sólo podía hacer cosas que no requiriesen que viera detalles, como secar la poca vajilla que teníamos o moler café.

Los dolores de cabeza eran constantes y la pesadez sobre los párpados también; a veces me quedaba horas durmiendo, porque los dolores minaban el poco ánimo que tenía.

Cuando Clara me pedía algo me enojaba y le gritaba que me dejara tranquilo, que no podía ayudarla, pero siempre terminaba pidiéndole perdón, y ella siempre lo hacía.

Pasó casi un año y los dolores ya eran crónicos, aunque menores que al principio.

Aprendí a manejarme sólo en muchas cosas, sin depender tanto de Clara.

Sí dependía cada vez más de su amor.

El ejercicio de recordar era para mí mucho más importante y no tan cansador como antes. Era un placer hacerlo con los tres. Sentía mucha paz y tranquilidad estando en su compañía.

Después del accidente, Yamila y Esteban trataron de alejarse un poco para no molestarme, pero de a poco fueron siendo cada vez más importantes para Clara y para mí.

Durante un tiempo traté de escribir con letra lo suficientemente grande como para poder verla y no quitarle tiempo al resto, pero gastaba mucho papel, así que volví a los dictados. También volví a buscar dibujos con sus pecas, y a disfrutar del sexo; ahora era ella la que siempre llevaba la iniciativa.

Cuando había mucha claridad, veía una especie de puntos brillantes que pasaban por delante de mis ojos. Era muy extraño. También solía ver pequeñas manchas muy parecidas a diminutas líneas de color marrón.

La vida seguía igual de complicada, pero todos estábamos en un período de tranquilidad; poco a poco íbamos acomodándonos a nuestra nueva situación.

Con el paso del tiempo dejé de ver aquellas líneas y los puntos brillantes fueron transformándose en minúsculos “hilos”: algunos estirados completamente, otros formando medias lunas, otros cerrados, algunos en tirabuzón, otros retorcidos, y así, produciendo cientos de formas distintas. Los veía en todos los objetos y cada vez eran más. Fueron pasando de hilos aislados a grupos de ellos; primero eran grupos muy pequeños,

EL PARTIDO DE LA VIDA O LA MUERTE

CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ

Ahora que estamos esperando que acaben con lo que resta de la raza humana no sé ni por qué escribo esto; hacerlo es absurdo pero es que el absurdo es la marca definitoria de nuestra especie. Tal vez por eso lo hago. Tal vez también espero que alguna vez en el futuro este testimonio llegue a alguien a quien le sirva de algún modo; no sé. El hecho es que los últimos días de nuestra especie han sido tan tragicómicos, como siempre lo ha sido nuestra historia. Hace más o menos siete meses la humanidad pudo cumplir un viejo sueño (¿o pesadilla?) que siempre había anhelado: por primera vez hicimos contacto con una civilización extraterrestre. En esa época el Instituto Mundial Aeroespacial reportó en medio del asombro global que, por primera vez en la historia humana, se habían recibido respuestas, en al menos quince idiomas terrestres, para los

mensajes que hacía más o menos un siglo nuestra raza había enviado al espacio, con la esperanza de que alguna vez, en algún lugar del universo, se generara una contestación. Que los alienígenas respondieran en tantos lenguajes probaba —según decía un investigador— que ellos nos habían estudiado hacia muchísimo tiempo, tal vez décadas, pero que sólo hasta ese momento se habían decidido a contestar. Pasada la euforia mundial por el contacto, se recibió, sin embargo, un segundo mensaje extraño. En él se mostraba un video que al parecer había sido filmado en cuatro o cinco planetas distintos y otra vez en quince idiomas humanos se afirmaba que ellos (aunque nunca dijeran cómo se llamaban) habían borrado las civilizaciones de esos mundos porque tales civilizaciones no habían pasado una cierta prueba. En el video se observaban los restos

la cabeza erguida y sin mirar a su alrededor, salió de la sala. De esa sala que sólo servía para albergar a los últimos especímenes de una especie decadente.

Aquellos que llevaban en su cuerpo la sangre de la nueva raza debían estar en otro lugar, junto a los Amos.

© M^a DEL PILAR JORGE, 2015.



MARÍA DEL PILAR JORGE
(Argentina —Buenos Aires, 1946—)

Activa escritora, administra y coadministra múltiples ciberbitácoras.

En **NM** publicó “Camila” (# 3), “Kuniungüen” (# 5), “Hasta que la muerte nos separe” (# 10 —en coautoría con EDUARDO LAENS AGUIAR—), “El sabor de la rutina” (# 12), “Sombras en la oscuridad” (# 16), “La Saga del Universo perdido” (# 22) y “Mutagénesis” (# 30).

pero fueron creciendo poco a poco en tamaño.

Me asusté mucho, me desesperé; no quería quedar ciego. Empecé a recordar las palabras de mi oftalmólogo: “Si ve destellos de luz, venga a la guardia”. ¿Sería a esto a lo que se refería?

Les conté a los chicos lo que veía: pequeñas “manchas”, en todo, que eran agrupaciones de esos hilos. Cada tipo de hilo parecía vibrar de forma diferente, y los distintos grupos de hilos componían una especie de “sinfonía” donde se mezclaban las diferentes vibraciones.

No podía comprender qué me pasaba. ¿Tendría que ver algo con los opérculos que tenía en cada ojo? ¿Mi vista estaría mutando? ¿Los pulsos electromagnéticos habrían alterado mi visión?

Las manchas eran muy pequeñas. También eso me sorprendió: el grado de detalle que veía, siendo que las manchas eran tan chicas. Y otra cosa sorprendente: sólo las veía en los objetos, no en las personas o en otros seres vivos.

En medio de este nuevo proceso, tuvimos que mudarnos. Venía hacia nosotros un grupo grande de gente, así que levantamos el campamento y nos fuimos en dirección contraria a la que mantenía.

Entre los tres me ayudaban a desplazarme. Era muy raro verlo todo como envuelto en bruma y, al mismo tiempo, captar pequeñas porciones hasta en su más ínfimo detalle. Durante el camino un cachorro de *setter* irlandés, seguramente vagabundo desde hacía mucho tiempo, se pegó

a mí y ya no me dejó nunca. Me miraba con atención y me seguía paso a paso. Yo le puse “Boneco” y lo adopté tanto como él a mí.

Muchas veces, Clara, Esteban o Yamila, tenían que apurarme porque me detenía a prestar atención a las manchas. El miedo y la aprehensión estaban dejando paso lentamente a la fascinación. Podía enfocar un solo objeto y calibrar la profundidad de la mirada. Era impresionante poder observar el “interior” de las cosas.

Tardamos cuatro días en encontrar un lugar lo suficientemente lejos de aquel grupo de gente.

Durante las noches me quedaba mucho tiempo fuera de la carpa, mirando y contándole a Clara lo que veía. La oscuridad o la luz no tenían nada que ver con lo que percibía.

Cada cosa tenía una configuración distinta y, si agudizaba la profundidad de la mirada, podía ver los componentes de lo que estaba enfocando y la configuración de cada uno de ellos.

Una noche, mientras cenábamos, Yamila recordó la teoría de cuerdas; ¿sería eso lo que mis ojos percibían, las cuerdas que componen todo lo que existe?, ¿sería el único que podía hacerlo?, ¿habría otros más como yo?

La vida había perdido para todos nosotros algo de la monotonía que había tenido hasta ese momento. Cuando nos juntábamos los cuatro, trataba de dibujar lo que veía, pero era difícil. Esteban dibujaba mucho mejor, así que, a partir de mi boceto, intentaba que el dibujo se pareciera lo más posible a lo que yo veía.

A medida que el tiempo pasaba, las manchas se iban haciendo más grandes y el miedo volvió. Después de casi once meses, algunos objetos —piedras, tazas, platos— ya los veía completamente en esta nueva forma.

Y un día el pánico volvió a apoderarse de mis sentimientos. Mientras Clara se movía sobre mí, una mancha apareció en su vientre; fue tal la cara de terror que puse que se apartó y me preguntó qué me pasaba. La abracé todo lo fuerte que pude y le dije, con lágrimas en los ojos, que no quería dejar de verla como era.

Me pidió que le contara lo que veía.

Hablamos mucho.

Por un tiempo no salí de la carpa, como cuando todo comenzó. Entre los tres hicieron hasta lo imposible para que aceptara mi nueva condición y la tomara como algo bueno. Tuvieron que batallar mucho para conseguirlo. El amor de Clara fue lo que me sostuvo. La amistad y el cariño que nos teníamos con Esteban y Yamila se convirtieron en inquebrantables.

Cuando logré aceptar aquello, comprendí que tenía una especie de don. El cambio se fue acelerando. ¡Todo esto era tan inverosímil...!

La capacidad de ver en profundidad se acentuó a límites infinitos; podía ver mucho más allá de los componentes de los componentes de los componentes de las células que formaban parte de todo lo orgánico.

Progresivamente fui viéndolo todo en esta nueva forma. Podía distinguir una cosa de otra entre los objetos más grandes; por ejemplo, un árbol de una piedra. Pero también podía hacer esa

distinción hasta entre las partículas más ínfimas imaginables.

Y por fin ocurrió. Un día desperté y todo eran “cuerdas”. Quería darle un nombre a todo esto y, como nunca iba a poder comprobar si eran cuerdas lo que veía, asumí que era así.

Todo era una inmensa composición de vibraciones, de música para mis ojos. Clara se transformó en un ser mucho más hermoso del que ya era, un ser brillante que vibraba fuera cual fuese el nivel en el que la observara. Yamila y Esteban también se convirtieron para mí en seres hermosos. Era fascinante verme a mí mismo de esa forma, ver mi interior hasta lo más pequeño posible.

Poco a poco, todo el miedo se esfumó. Estaba feliz, exultante. Clara se contagió de mi felicidad.

No tenía más miedo a caminar, a recorrer; ya no necesitaba que fuera mi muleta.

Ahora compartimos la vida como la compartíamos antes de que mis anteojos se rompieran. Mejor incluso. Ya no necesito tener miedo de que algo que me ayuda a ver se rompa. Antes estaba tan pendiente de mis anteojos que, incluso cuando teníamos sexo, si yo era el que se movía, temía que la transpiración detrás de mis orejas hiciera que los anteojos resbalaran y cayeran. Creo recordar que una vez cayeron sobre sus senos, y ella los apartó rápido para que no me preocupara.

Ya no.

Al tacto sigo sintiéndola igual, la escucho igual, su sabor y su aroma también son los mismos. Sólo la veo de otra forma, pero sigue siendo mi Clara.

—Estricnina. No me preguntes cómo la conseguí; cuanto menos sepas, será mejor.

En un segundo lo comprendió todo y alejó la mano, como si temiera contagiarse con su odio. La puerta había quedado entreabierta y, desde donde estaba, podía ver el salón. Alcanzó a divisar a Ojos; el híbrido estaba en el otro extremo de la sala y no pareció advertirla. Angustiada, comenzó a retorcerse las manos.

—¡Qué arisca que estás! ¿Se puede saber qué te pasa? —dijo Iann, áspero, tajante, mientras intentaba apartarla de la puerta.

—Estoy preñada.

El hombre retrocedió unos pasos; temblaba.

—Sos una loca de mierda. —Una mueca desfiguró aún más su rostro—. Traidora. Me das asco. Esta especie infectó la Tierra, y te atreves a... y yo, como un estúpido, te conté todo.

Iann avanzó hacia ella con un gesto amenazador dibujado en la cara. Repentinamente, Lizy se sintió acorralada; las toscas manos del hombre apretaron su cuello. Intentó no asustarse; intentó sujetar esas manos que la lastimaban. Esas manos que parecían dos tenazas, oprimiéndola, asfixiándola. En los ojos de Iann, Lizy pudo ver al fantasma de aquella guerra que se había llevado a sus padres y a su abuelo. Por un segundo creyó perder el sentido, pero haciendo un desesperado esfuerzo intentó defenderse.

Fue inútil; la rodilla de Iann le dio de lleno en el vientre. Una puntada de dolor la hizo retorcerse. *¡No, eso no; a su hijo no!* Con una furia de la

que nunca se había creído capaz, consiguió separarse del abrazo letal de ese hombre que acababa de convertirse en su enemigo. Después gritó. Lo suyo no fue un grito humano; fue el aullido de una bestia protegiendo a su cría.

Un violento empujón la hizo caer al suelo, pero se revolvió como una fiera y siguió aullando. Desde donde estaba, Lizy vio cómo la punta metálica de la bota de Iann se precipitaba sobre su vientre. Pero la pierna permaneció en el aire, oscilante.

Aprovechando ese breve respiro, Lizy consiguió alejarse, gateando por el suelo. Luego lo escuchó gemir y notó que se tambaleaba. Cuando se desplomó, Ojos estaba sobre el hombre, golpeándolo con sus garras.

Detrás de Ojos apareció un grupo de guardias. Lizy consiguió incorporarse y permaneció ahí, parada, quieta, viendo cómo zamarreaban a Iann y se lo llevaban a la rastra.

Quiso llorar. Por ella; por su hijo. Por la derrota de una humanidad sin códigos. Pero no pudo hacerlo. La sensación de mariposas jugando dentro de su vientre se lo impidió. Se acarició el vientre y comenzó a murmurar palabras para ese no nacido. No le importaba que perteneciera a una nueva especie, porque también iba a ser suyo, suyo, suyo.

Un roce en la mano la devolvió a la realidad. Casi con sorpresa descubrió que era Ojos. Ojos alborotándose a su alrededor y alborotándola, con la alegría de quien siente que ha recuperado su juguete favorito.

Despacio y con infinita ternura, se abrazó al híbrido. Después, con

la casa de Noctis. Otro jerarca más había muerto. Esta vez la causa fue descubierta rápidamente. Había sido envenenado.

Lizy no deseaba ir a esa reunión. No quería encontrarse con Iann; no quería darle explicaciones. Pero era su deber acompañar a su amo.

En la misma sala, rodeada por los mismos híbridos, que —como siempre— la husmeaban con desconfianza, se topó con el hombre. Iann la sujetó del brazo y pretendió arrastrarla hasta aquel pasillo. Pero ella lo esquivó y se detuvo ante la mesa, con el pretexto de elegir un dulce de una de las bandejas. Lizy entornó los ojos y masticó el bocado, paladeándolo con placer.

Iann tomó una de las copas, la bebió de un trago y la dejó sobre la mesa.

—Necesito hablarte; es importante —le dijo, al oído—. Después de la muerte de Karin, Niky desapareció. No lo han podido encontrar por ninguna parte.

A Lizy la novedad no le pareció tan grave. Niki quizá había escapado a la Zona Libre o, tal vez, terminaría apareciendo en los suburbios de la Zona Roja. Vivo o muerto. Pero si Iann necesitaba desahogarse con ella, estaba dispuesta a escucharlo. Amparada por ese pensamiento, lo siguió sin protestar.

Ese día en el pasillo reinaba una penumbra deprimente, apenas diluida por la claridad que penetraba por la puerta entornada.

Lizy lo miró a los ojos.

—Lamento lo de Niki. No te preocupes; seguro que estará bien.

—Eso ya lo sé. Niki está a salvo. Pero ahora nos toca a nosotros.

—¿A nosotros? —Lizy frunció el ceño.

—Sí, a nosotros. Los jerarcas muertos recibieron su merecido. Se abusan de su poder, nos maltratan, nos pisotean; para ellos, sólo somos sus sirvientes. Estoy harto de obedecer los caprichos de Ciro. A ti, ¿Noctis también te pega?

—¿Pegarme? —Lo miró, desconcertada. No le gustaba para nada el giro que estaba tomando la conversación.

—Deja de repetir lo que te digo. Pareces tonta.

—No lo soy. Me acuerdo perfectamente de cómo vivíamos antes de que el mundo cambiara, antes de que este mundo no nos perteneciera más. Somos una especie obsoleta.

—Tal vez, pero tenemos derecho a ser libres. Dicen que en los campos del norte hay pequeñas tribus de humanos. Podemos escapar. Niki fue hacia allá y nadie detectó su salida.

—En su voz vibraba una nota triunfal—. Huyó, igual que Tonio y Omar; ellos ya debieron de haber llegado a los refugios. Nosotros también tenemos que hacerlo, antes de que nos destruyan a todos.

Lizy lo miró. En otras circunstancias habría aceptado escapar, pero por primera vez en mucho tiempo respiraba paz. Además, algo más la retenía, algo que le pertenecía al Amo.

Iann le tendió una ampolla.

—Toma esto; tienes que agregarle un poco, cada día, en la comida.

—¿Qué es eso?

Es maravilloso ver cómo todas las cuerdas de nuestros cuerpos van cambiando sus frecuencias de vibración cuando nos acariciamos, cuando nos besamos, cuando tenemos sexo o cuando sentimos el más pequeño placer. Cómo un leve roce hace que algo vibre distinto por unas milésimas de segundo.

Al tomar una hoja, al correr una piedra con el pie, al acariciar a Boneco.

El mundo es el mismo, pero lo veo diferente, más completo, de forma más abarcativa.

Única.

© GUILLERMO ECHEVERRÍA, 2015.



GUILLERMO ECHEVERRÍA
(Argentina —Buenos Aires, 1967—)

Porteño del barrio de Barracas, trabaja en la biblioteca de Ciencias Exactas de la UBA, es un ávido investigador de su herencia vasca y participa en el taller literario “Los Clanes de la Luna Dickeana”.

En **NM** publicó “Cortina de humo” (# 14), en coautoría con TERESA MIRA, “El árbol de nuestra sangre” (# 16) y “El círculo” (# 25).



PROXIMA
es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.

<http://revistaproxima.blogspot.com/>

Consígalas en:

* CLUB DEL COMIC:
Montevideo 255, Capital Federal
(A 1 cuadra de Av. Corrientes)

* ENTELEQUIA Suc. Belgrano
Juramento 2584
(a 1 de Av. Cabildo)

* LIBRERÍA DE ARTES Y LETRAS
Avellaneda 306, Caballito, Capital
(Casi esq Campichuelo)



AEROFOBIA

EFRAÍN GATUZZ

—Buenas tardes —se escuchó la voz a lo largo de la cabina del avión—; les habla el capitán del vuelo 3765 con destino a Madrid. El tiempo estimado de vuelo es de nueve horas.

Ernesto escuchó el mensaje sin prestarle mucha atención. Cuando viajaba en avión usualmente pedía un asiento junto a alguna ventana y esta vez no fue una excepción. Afortunadamente no tenía compañero en el asiento de al lado, por lo que pudo acurrucarse en ambas sillas, colocando sus piernas en una y el resto del cuerpo en la otra. Sin embargo, le estaba costando quedarse dormido. Así que se puso a escuchar música a través de unos audífonos mientras disfrutaba de la lectura de un libro.

El aire enfriaba la cabina principal. Lo único que se escuchaba era el sonido de las turbinas, amortiguado

por las ventanas. Afuera no se veía nada; sólo oscuridad. Ernesto procuraba tomar vuelos nocturnos si el viaje era de muchas horas. La mayoría de los pasajeros trataban de dormir. De repente tuvo ganas de ir al baño. Si había algo que odiaba eran los baños diminutos que suelen encontrarse en los aviones.

Estaba sentado en el retrete cuando sintió una fuerte sacudida. Rápidamente se colocó sus pantalones y abrió la puerta para salir al pasillo. Justo al abrir la puerta se encontró con una de las aeromozas.

—Por favor, diríjase a su asiento —le dijo con calma la aeromoza.

—Disculpe, señorita —dijo Ernesto mirándola a los ojos—. ¿Pasa algo? Sentí un sacudón estando en el baño.

—No se preocupe; todo está bien —dijo ella—. Por favor, diríjase a su asiento.

ba que, al principio, el pasto era verde y húmedo y ahora estaba cubierto de hojas secas.

Disfrutaba de esa pálida libertad, aferrada al brazo de su protector. Dormía con Noctis; soñaba con Iann. Iann; ese hombre que, como ella, era un náufrago en un mundo ajeno. Lizy no podía dejar de pensar en aquel primer encuentro. *Eres demasiado hermosa*, fue lo último que Iann le había dicho, antes de que lo llamaran con un silbido. Como si fuera un perro.

Cuando ya se había convencido de que no iba a verlo más, la muerte de otro de los jerarcas los volvió a reunir. Durante esa reunión, mientras el resto de los híbridos estaban ocupados con sus chismorreos, Lizy y Iann, impelidos por una necesidad irrefrenable, se escabulleron por una de las salidas laterales del recinto. Allí, a metros de una escalera y detrás de una puerta atrancada, tuvieron un encuentro breve, rápido, donde los dos ahogaron quejidos y suspiros, y donde los dos quedaron con hambre de mucho más.

Regresaron al salón. Primero Iann; luego ella. Lizy se acercó a una de las mesas. No buscó comida; sólo algo para beber, algo que borrara el sabor agri dulce de los labios de Iann. Primero agua y después un jugo, pero fue la cerveza la que logró devolverla a una plácida beatitud. Comió dos o tres bocados y siguió bebiendo cerveza hasta que todos y cada uno de los mutantes comenzaron a parecerle hermosos. Ojos logró alejarla, con esfuerzo, de ese banquete que no

quería abandonar, y la condujo hasta donde la esperaba Noctis.

Fue una suerte que Noctis también estuviera borracho. En su estado, sólo pudo percibir en ella el olor de la cerveza, replicando y acompañando el que emanaba de su propio cuerpo.

En la casa, Lizy fue al baño y trabó la puerta. Necesitaba recuperar un instante de intimidad, necesitaba borrar las huellas que el hombre había dejado en su cuerpo. Para secarse, usó una de las batas de Noctis, en la esperanza de que el olor del amo borrara el aroma de la piel de Iann. Al regresar al dormitorio, descubrió que Noctis dormía. Suspiró aliviada y se acostó junto a él.

Al día siguiente la despertó una molesta resaca. Todo lo demás le parecía un sueño.

También pensó que era un sueño el cariño con el que Noctis y Ojos la comenzaron a tratar. A cada rato, la olían, la rozaban y manoseaban hasta hartarse. Noctis hundía la cabeza en su vientre; Ojos se le enredaba entre las piernas. Como si estuvieran celebrando un ritual.

Lizy tardó días en comprender el motivo. Un motivo que comenzó a adivinar una mañana, cuando al despertar sintió que algo, como mariposas, parecían jugar en su vientre. Los otros síntomas se le habían pasado por alto, pero en ese momento, cuando tuvo la revelación, experimentó una epifanía.

La convocatoria a una reunión de emergencia del Gran Consejo alteró una vez más la cotidiana rutina de

cada mirada de los mutantes que reconocían en ella el olor del amo.

Esa realidad la encontró, por fin, en la antesala del palacio de los Consejeros. Noctis había sido convocado a una reunión. El motivo era grave: la muerte de uno de los jerarcas. Mientras los miembros del Consejo transitaban su duelo, Lizy y los demás sirvientes esperaban en la antesala. Sirvientes, mascotas, compañeros de lecho, ¡qué más da! La mayoría eran mutantes y se olfateaban recíprocamente, algunos casi con suspicacia.

En esa sala enorme y fría, reunidos en grupos, todos ellos parlotaban entre sí. La muerte de un amo significaba la calle, el abandono, el hambre, el destierro. Atrapados en sus comentarios, poco a poco se fueron apartando de ella. A Lizy no le molestó; tal vez era mejor así. Optó por mantenerse en un rincón. No quería ni adularlos ni enfrentarlos; ella tampoco deseaba perder su porción de felicidad.

Acababan de entrar los asistentes del Consejo, con bandejas de bocadillos, cuando su mirada se cruzó con la de él. Era un pelirrojo de ojos pardos y labio leporino. Un labio leporino que resaltaba como una afrenta en aquel rostro perfecto.

—¿Eres una “normal”? —le preguntó, por fin, el desconocido.

Lizy no se inmutó; con esa pregunta la habían acosado durante toda su vida. Sólo se encogió de hombros.

—Sí, igual que vos —dijo.

Su comentario generó un incómodo silencio. Finalmente, el hombre resopló, con evidente fastidio. —Cuando nací —dijo—, hubieran podido hacer-

me una cirugía reparadora, pero mis padres no estuvieron de acuerdo. Pensaron que tal vez lograría pasar por un mutante. Pero cometieron un error: el olor a humano nos delata siempre.

Lizy desvió la mirada. Contempló los restos del banquete; los mutantes ya habían devorado casi todo. De todas maneras, no tenía importancia; la mirada de un hombre verdadero le había sacado el apetito.

—Vamos a comer algo —dijo su interlocutor, mientras la tomaba del hombro.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella, mientras se dejaba arrastrar.

—Soy Iann; simplemente Iann.

—Yo soy Lizy —contestó. Sus apellidos ya no importaban; pertenecían a otra época, a otra generación.

La velada transcurrió demasiado rápido.

Lizy continuó con sus cotidianas salidas de Ciudad Vieja y con sus largas caminatas por la Zona Libre. Caminatas que le devolvieron fragmentos de una adolescencia fracturada, cuando aquel disfraz de híbrido ya no engañó más a nadie. Era una mujer y su abuelo había muerto. Buscó amparo en los de su especie, pero encontró mentiras y rivalidades, hasta que, por fin, alguien la guió hasta el suburbio de la Zona Roja. Entonces descubrió que el desapego era su mejor protección y, a partir de ese momento, comenzó a sobrevivir.

Sumergida en la evocación de aquellos momentos, perdió la noción del tiempo transcurrido desde que comenzara sus paseos. Sólo recorda-

Ernesto tomó su lugar al lado de la ventana. Estaba seguro de que el avión se había sacudido con violencia. Miró a su izquierda y pudo ver en la fila de asientos del medio a un hombre blanco y gordo junto a sus dos hijos pequeños. En el otro extremo del avión viajaba una pareja de ancianos que charlaban plácidamente. Al ver a las personas a su alrededor tan calmadas dudó acerca de lo que había sentido.

—Tal vez me lo imaginé —pensó. Se colocó sus audífonos y siguió leyendo. A los pocos minutos había logrado dormirse.

—¡Corre! —le gritó Irene con todas sus fuerzas—. ¡Corre!

Ernesto dudó por unos instantes. No estaba seguro de dónde se encontraba. Sabía que estaba al aire libre, ya que la luna y las estrellas iluminaban la noche, pero no recordaba haber visto ese lugar antes. Frente a él vio a su esposa Irene corriendo mientras le gritaba que hiciera lo mismo. De repente Ernesto sintió un aire gélido que venía desde atrás. Su mente le dijo que no se volteara, que podría perder la vida o algo peor. Pero no hizo caso. Giro su cabeza hacia atrás y a medida que lo hacía el terror invadía su mente. Cuando estaba a punto de ver lo que se encontraba a sus espaldas despertó.

Al principio se sintió aturdido. Le tomó un par de segundos darse cuenta de que todavía se encontraba en el avión. Había tenido una pesadilla. Tomó su rostro entre las manos para calmarse y pudo notar que había sudado bas-

tante. No recordaba mucho del sueño, pero sí la sensación de miedo que lo había invadido. Abrió la persiana que cubría la ventana a su derecha y vio que el cielo seguía oscuro. Densas nubes grises se veían por debajo del avión. Cerró los ojos un momento. Mientras trataba de relajarse.

—Odio los aviones —susurró para sí mismo. Cerró la persiana y se dispuso a seguir leyendo el libro que tenía entre las manos, pero se dio cuenta de que algo andaba mal.

El hombre gordo en la fila de la izquierda estaba sentado con la mirada fija hacia adelante, al igual que sus hijos. Los tres tenían ajustados los cinturones de seguridad. Unos lugares más a la izquierda la pareja de ancianos tenía las cabezas muy erguidas, con la vista puesta hacia el frente. Ernesto comenzó a ponerse nervioso. Miró hacia atrás, tratando de encontrar a la aeromoza y quedó boquiabierto. Todos los pasajeros estaban sentados en sus asientos, con los cinturones abrochados y los ojos bien abiertos mirando hacia adelante.

“¿Qué demonios?”, pensó mientras se levantaba de su asiento. Parecía que todos los pasajeros hubiesen sido sustituidos por muñecos de cera. Comenzó a caminar hacia la parte de atrás, donde se encontraba el personal de servicio. Ningún rostro se movía. Lo único que hacían era respirar. Respirar y mirar hacia el horizonte.

Cuando llegó a la sección donde se encontraban los carros donde servían la comida observó a las aeromozas. Las cuatro estaban sentadas

con sus cinturones de seguridad colocados y la mirada perdida.

—¡Disculpe, señorita! —le dijo a una mientras pasaba sus manos frente al rostro de ella. Ni siquiera parpadeó. Se atrevió a sacudirle el hombro derecho, tratando de hacerla reaccionar. Pero no obtuvo respuesta.

Ernesto se asustó. Comenzó a acercarse a todos los pasajeros que tenía al alcance, tratando de hacerlos reaccionar. Chasqueaba sus dedos, aplaudía con fuerza, los empujaba, pero no hubo respuesta alguna. Niños, ancianos, mujeres, hombres. Todos estaban en un estado de éxtasis mental. Sus cuerpos estaban ahí, pero sus mentes estaban ausentes. En eso se escuchó una voz por los parlantes.

—Buenas tardes. Les habla el capitán del vuelo 3765 con destino el Océano Pacífico. El tiempo estimado de vuelo es de nueve minutos.

Aquello no tenía sentido, pensó Ernesto. Sin embargo estaba seguro de haberlo escuchado. Sin perder tiempo y, ante el alivio de escuchar una voz humana, recorrió el avión hasta llegar frente a la cabina de los pilotos. Tocó la puerta un par de veces pero nadie respondió. Se asomó por una pequeña ventana de vidrio que se encontraba en dicha puerta y pudo ver al piloto y al copiloto charlando amistosamente. Los volvió a llamar pero ninguno de ellos reaccionó.

—¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta! —gritó a todo pulmón. Pero no hicieron caso.

El miedo dio lugar a la furia. Tenía que tratarse de una broma de muy mal gusto. Pero entonces sintió que algo se había movido detrás de él. Se volteó y vio claramente que varias docenas de ojos estaban clavados en él.

Todos los pasajeros lo miraban fijamente. Innumerables rostros apuntaban en su dirección. Ernesto tragó saliva. Dio un paso a la derecha y se dio cuenta de que todos los rostros se movieron hacia ese lado. Aquello sobrepasaba sus emociones. Sus manos comenzaron a temblar junto con sus piernas. En eso, una niña de cabellos dorados y ojos azules comenzó a levantar lentamente su brazo izquierdo mientras seguía mirándolo fijamente. Su pequeño dedo índice apuntó a su rostro.

—*Bon voyage* —le dijo con una voz gutural, como si fuese un animal herido. Esa voz sin duda alguna no correspondía a ese cuerpo. En eso el avión comenzó a inclinarse hacia adelante, como si estuviesen descendiendo por una montaña rusa. La montaña rusa más alta del mundo.

El cuerpo de Ernesto quedó contra la puerta que daba a la cabina de los pilotos a medida que el avión se colocaba en forma vertical. Por la acción de la gravedad, vio cómo cientos de brazos y piernas se extendían en su dirección, pero los cuerpos estaban sostenidos en sus asientos gracias a los cinturones de seguridad. Todos los ojos estaban fijos en él. Preso del pánico comenzó a llorar. Sabía que estaba descendiendo a su muerte.

Los científicos intentaron investigar el origen de la transformación. Pero los recién llegados tenían otras intenciones. No estaban dispuestos a servir al hombre, sino que planeaban convertirse en los amos de la humanidad. Por eso instigaron a los híbridos a unírseles, y así, junto a ese numeroso conglomerado de mutantes, lograron ponerle fin a aquella guerra, que alguna vez pareciera interminable.

El siseo de Ojos la devolvió al presente. Anochece y su guardián daba muestras de estar inquieto. Lizy extendió la mano y acarició el lomo verde de la criatura. Ojos le recordaba, un poco, a Jena y Ming. El reptiloide se restregó contra su pierna y emitió un sonido gutural parecido al ronroneo de un gato. Ojos comenzó a parpadear y mover la cabeza. Lizy asintió. Era tarde y debían regresar a la ciudad. Ahora, después de tanto tiempo, tenía un hogar: Noctis la esperaba.

Fragmentos. Fragmentos de recuerdos que flotaban en su mente. La llave a esos recuerdos estaba más allá de la Zona Libre, entre las ruinas de un pueblo olvidado. Cómo explicárselo a Noctis. Esa noche él la olió un largo rato, antes de tocarla. Sólo descubrió que su piel estaba impregnada por el sabor del pasto y la tierra húmeda. El sabor de una libertad hecha de pasado. Noctis también había tenido un pasado. Un pasado animal escondido en sus genes y que esa noche brotó con irrefrenable impulso: le hizo el amor con ardor salvaje, casi bestial.

A partir de ese momento, Noctis la autorizó a salir de la ciudad todas las veces que quisiera. Lizy disfrutó de esa fingida libertad y los fragmentos de recuerdos se multiplicaron. Ella era una y era muchas. Aunque continuaba siendo la mujer-objeto que acompañaba al anciano líder, vivía como una mujer libre, casi tanto como lo habían sido aquellos humanos que alguna vez habitaran el planeta. Humanos que surgían de las imágenes guardadas en su memoria.

Cada salida de la ciudad era una fiesta. Ojos jadeaba delante de ella, anticipándose a un placer que los miembros de la especie dominante habían olvidado. El lugar donde Lizy se refugiaba para rescatar su historia pronto estuvo lleno de pozos. Ojos escarbaba esos pozos, para luego hundir en ellos su áspera cabezota. Al verlo así, lleno de tierra y relamiéndose, con la lengua bífida, sus labios delgados, Lizy descubrió que podía reír. Igual que cuando era chica.

A la noche, al regresar a Ciudad Vieja, Noctis gruñía y los mandaba a los dos a bañarse, pero no se notaba para nada molesto.

Los momentos felices se habían convertido en rutina y Lizy estaba convencida de haber adquirido una porción de eternidad. Una eternidad que transcurría entre esa percepción fantasmal de su infancia y la compañía de una criatura no humana que la cuidaba y la protegía.

Pero la realidad la esperaba en cada esquina de Ciudad Antigua, en cada figura encorvada de los humanos que merodeaban por las calles y en

lindero de lo que en otro tiempo fuera una estación ferroviaria.

Ojos la encontró sentada sobre la hierba; parecía mirar al vacío, pero en realidad miraba al pasado. Durante su niñez, Lizy había vivido en un lugar así. Después logró olvidar aquel pasado, porque pensar en aquella otra vida significaba pensar en su abuelo.

Su abuelo había sido la única persona que se hiciera cargo de ella. Sus padres no pudieron hacerlo; fueron convocados a pelear en el frente (militaban en bandos contrarios). Lizy no tenía muy en claro dónde quedaba ese “frente”. El abuelo solía hablarle de una “realidad virtual”, pero ella nunca logró comprender el significado de esas palabras.

Sus padres jamás regresaron de aquel extraño lugar.

De día, Lizy llevaba una vida hecha de mentiras. Su escueta, desnuda figura, el pelo pintado de verde y los vestidos descartados por Jena y Ming, dos híbridos que asistían a su abuelo, le daban una aceptable apariencia andrógina.

Al anochecer, todo cambiaba. El abuelo, que cotidianamente se ocultaba en el sótano de la casa, salía al jardín y, acomodado en una antigua silla mecedora, se hamacaba, fumando pensativo. Mientras tanto, ella jugaba a esconderse entre los matorrales llenos de flores. Or...oc... ¡Hortensias! Sí, ése era el nombre y eran hermosas.

Cuando se cansaba de correr, se sentaba en el suelo, junto al abuelo y lo inundaba a preguntas. Necesitaba saber todo sobre su madre, su padre y la guerra.

El abuelo le había hablado de la guerra. *Todos fueron culpables*, decía. Los científicos argumentaron que los experimentos con energía nuclear fueron la causa del desastre. Los militares, por su parte, sostenían que se trataba de las consecuencias de la última vacuna. Un experimento fallido; para ellos, la culpa era de los científicos.

Los fundamentalistas hablaron del castigo divino y los ecologistas acusaron a los grandes monopolios de contaminar el planeta. Las grandes potencias reconocieron su negligencia en afrontar los desastres que comenzaran en el siglo anterior, pero pretextaron haber estado ocupados en buscar otros mundos, con características similares a las de la Tierra. Eso era cierto. Las primeras naves intergalácticas, tripuladas por científicos, técnicos, androides y animales, ya navegaban por el espacio.

El caos se instauró. Se desató la guerra y comenzó el exterminio. Mientras los humanos aniquilaban a los humanos, los híbridos —inofensivos mutantes, simple mano de obra barata— comenzaron a reproducirse.

Un día, las naves espaciales regresaron. Los tripulantes ya no estaban, los androides habían sido desmantelados y los animales volvieron transformados en una especie diferente. Su metamorfosis era asombrosa. De aspecto humanoide, sólo sus cráneos, sus rasgos faciales y alguno que otro gesto o actitud desagradables delataban a las bestias que alguna vez partieran en esas naves hacia el espacio exterior.

Durante esos últimos instantes cerró sus ojos y trató de pensar en su familia. Irene estaría esperándolo en casa, mientras que los gemelos estarían aguardando que él regresara con algún regalo de su viaje.

—Los niños... —fueron sus últimas palabras, antes de que todo se volviera oscuridad.

© EFRAÍN GATUZZ, 2015.



EFRAÍN JOSÉ GATUZZ SUÁREZ
(Venezuela —Caracas, 1988—)

Se graduó como doctor en Física aplicada a la Astronomía y ha participado en diversos talleres de escritura, especialmente orientados a la literatura fantástica.

Ésta es su primera colaboración en NM.



Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS EDICIONES

FENRIR Y EL PÁRROCO

FACUNDO CÓRDOBA

Acarició la madera del púlpito por unos segundos, como si sopesara mediante el tacto de aquella lustrosa textura el peso de sus palabras y de su discurso.

Era un tema serio. Siempre lo era. Pero esta vez debía hacer notar la diferencia en cada uno de sus gestos, en esa concatenación invisible que hilaba sus palabras.

Su rebaño esperaba.

Segundos antes de comenzar a hablar el silencio ya se tornaba insoportable.

—Somos culpables —empezó. Pero necesitaba darle aire, peso; así que apenas al comenzar decidió dar otro pequeño pero necesario respiro a lo que iba a decir.

—...ustedes, yo. Todos y cada uno de nosotros cargamos en nuestras espaldas con la cruz de la culpa y la ignorancia.

Todos miraban en derredor. Todos eran culpables; quien más, quien

menos. Pero no había un rostro allí abajo en el que no se hubiera marcado la preocupación de sentirse al descubierto. El padre Pedro estaba seguro de que casi ninguno de ellos sospechaba siquiera hacia dónde apuntaría su dedo, pero la culpa era una herramienta poderosa que echaba luz sobre los pecadores. Aunque no siempre sobre el pecado mismo. Y era necesario hacer visible el pecado a los ojos de su congregación. *Enseñar, santificar y regir*, ésa era su tarea.

—Pero cae sobre mí la mayor de las culpas. Pues es mi tarea marcar cuál es el camino correcto. —Agachó un poco la cabeza y suspiró sonoramente—. Es un pueblo pequeño el nuestro. Y muchas veces le agradecí a Dios por ello, porque me dio la oportunidad de conocerlos profundamente a todos. Ver sus rostros hoy como cada domingo me llena el alma de regocijo, porque

en los percheros del almacén, buscando un vestido de mejor calidad que el que llevaba puesto. El lugar estaba atestado de vestidos de segundas marcas y dudoso origen. Pero de dónde venía esa ropa era apenas un detalle: necesitaba disfrazarse de mujer decente, mujer de un solo hombre, mujer de un solo amo.

Al verla revolver las prendas, Carra de Mono se apresuró a ofrecerle sandalias de cuero y algunas joyas. Ella prefirió llevarse un vestido y unos zuecos. Esperaba que su benefactor la volviera a llamar. Dejaría que él eligiera las joyas que quisiera regalarle.

Noctis no la defraudó: a la tarde, un vehículo cruzó las calles del suburbio para detenerse ante la puerta de la casa donde se refugiaba Lizy. Esa misma noche, la invitó a quedarse a vivir con él.

Gracias a la relación con Noctis, Lizy ya no necesitaba recorrer los suburbios de Ciudad Vieja. En aquel lugar, se había sentido acechada por las miradas voraces de los mutantes. Pero eso había quedado atrás; ahora, su tránsito por la ciudad transcurría por calles limpias y cuidadas. Del brazo del viejo Noctis, iba a recepciones y todo tipo de actividades sociales. Junto a él, mascota y esclava, había logrado recuperar algo que por mucho tiempo considerara perdido. Los recuerdos.

Impulsada por el desasosiego que le causaban esos recuerdos olvidados, comenzó a recorrer las calles que conducían hacia el sendero de salida de la ciudad. Desconocía qué

buscaba; sólo sabía que necesitaba hacerlo. Parecía una necesidad intrascendente, porque afuera de los muros estaba la Zona Libre.

La Zona Libre era un enorme espacio vacío extendiéndose por kilómetros, sin que monolitos ni carteles señalaran los límites o el destino. Era tierra de nadie; sólo los exiliados la buscaban, llevados por el ansia de una muerte piadosa. En ese lugar, el cielo exhibía un deprimente color azul grisáceo, el aire era húmedo y sobre el terrero agreste el pasto y la maleza habían comenzado a crecer en desparejo desorden. A la distancia se divisaban algunos árboles, aún jóvenes, aún verdes.

Lizy comenzó a recorrer la Zona Libre. Cada día, avanzaba un trecho más, tomando como guía unas colinas que se adivinaban a la distancia. Pero la marcha comenzó a hacérsele larga y monótona. Parecía que en todo ese territorio la única ciudad era la que la cobijaba y, todo lo demás, soledad y silencio. Hasta que un atardecer alcanzó a distinguir la nítida silueta de las ruinas de lo que alguna vez había sido un pueblo.

Excitada, Lizy comenzó a correr. Se detuvo al escuchar el torpe trotar de Ojos, el sirviente encargado de su custodia, que avanzaba jadeando detrás de ella. Cuando su guardián la alcanzó, siguió corriendo, hasta que por fin llegó a las ruinas.

Era un pueblo de casas bajas; el musgo había logrado devorar las calles y las pocas paredes de las edificaciones que aún continuaban en pie. Lizy se dejó caer junto al muro

yectaba el plasma empotrado en una de las paredes. Sólo esperaba sobrevivir al par de horas que pasaría con ese anciano desnutrido.

Un dependiente moreno, de aspecto simiesco, los guió por pasillos y ascensores, hasta conducirlos a una de las habitaciones. Cuando se retiró, el amo le anunció que pasarían juntos toda la noche. Luego, la invitó a ponerse cómoda.

Lizy se estremeció, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Asintió con la cabeza y fue al baño. Después de un largo rato, vestida sólo con una bata de toalla y con su largo cabello húmedo y suelto, regresó a la habitación. El mutante la observaba intensamente con sus ojillos brillantes.

—Eres bella —murmuró—, no tengas miedo ¿Cómo te llamas?

—Lizy.

—Yo soy Noctis —El abrigo y el bastón colgaban de un perchero. Sin ese patético disfraz, el desconocido parecía menos viejo, menos torpe—. ¿Quieres comer algo?

—Sí... por favor —tartamudeó. Tal vez, pensó, después de comer, su anfitrión se quedara dormido.

Desnuda sobre la cama, esperó que el vino diluyera la sensación de asco que la acongojaba. Sintió la mirada del amo fija en ella, mujer-objeto. Luego se supo acariciada por manos deformes, manos que recorrieron, golosas, el contorno de su cuerpo, de sus pechos y de sus brazos, como si quisiera retenerla a toda ella en su memoria. Suave, paulatina e irrefrenablemente, Lizy comenzó a sollozar.

El amo lamió sus lágrimas y restregó su cuerpo contra el de ella.

Las calles de los suburbios de Ciudad Vieja olían a orines y a combustible barato. Era diciembre y un sol pálido se filtraba por entre la niebla de la mañana. Lizy entró al almacén. El dueño, Cara de Mono, era un mutante más feo que un susto, pero más astuto y sagaz que el mejor de los comerciantes.

A la entrada del negocio, en estantes desaparejos y percheros deformes, se encontraban desde herramientas hasta mercaderías y todo tipo de vestimentas. En el fondo, acomodados en media docena de mesas, algunos obreros disfrutaban de una merienda económica.

Cara de Mono la observó con desconfianza, y era lógico —ella no acostumbraba a ir al negocio a esa hora—. Lizy le sonrió y exhibió el obsequio de Noctis: una tarjeta verde. Cara de Mono extendió una mano, se apoderó de la tarjeta y verificó su límite de compra. Luego, exhibiendo una sonrisa obsecuente, tomó a Lizy del brazo y comenzó a olfatearla, en un primitivo reconocimiento animal. Satisfecho, la palmeó en la espalda, con un gesto que simulaba ser afectuoso y le ofreció el desayuno que tomaban los obreros. Café cortado con leche sintética y rebanadas de pan tostado, untadas con una mezcla almibarada, de dudoso origen.

Sentada a una de las pocas mesas que quedaban vacías, Lizy devoró la bien ganada comida. Después de saciada esa hambre voraz que había ignorado poseer, se puso a curiosear

soy capaz de ver en primera persona la luz del Señor que emana de ustedes. —Hizo otra pausa; esta vez involuntaria. Apretó la madera bajo sus manos, sosteniéndose, envarándose—. Pero no fui capaz de ver lo contrario, aquello de lo cual prevenimos. He fallado... Pero depende de ustedes ahora el ayudarme a encontrar la fuerza para corregirlo. Necesito que sean mis ojos, mis manos, mi fuerza, pero sobre todo preciso que sean la voluntad de Dios.

Las voces de la gente comenzaban a levantarse, exaltadas. Todos estaban dispuestos a ayudarlo, a volverse una extensión de su dedo acusador.

—¿Y quién es aquel que amenaza el delicado sosiego de nuestros días? Sé que a muchos les costará trabajo creerlo. Pero cuando el lobo se disfraza de cordero es cuando más hay que temerle, pues no hay peor brillo que el que nos encandila y no nos deja ver la verdad... Hablo de aquel que ha llegado al pueblo hace unas cuantas semanas.

La mano algo temblorosa e insegura se levantó desde el fondo de la parroquia. Un adolescente pecoso y despeinado, el hijo del carpintero, intentaba llamar su atención para hablar.

“¿Una oveja descarriada?”, se preguntó el párroco al verlo. “¿Será que acaso intentará defenderlo?”.

—¿Se refiere usted al profesor Fenrir? —dijo el muchacho, cuando el padre Pedro le cedió la palabra.

“¿Profesor?”, pensó el cura. No estaba al tanto de aquello. Quizá fuera incluso peor de lo que imaginaba. Debía actuar con premura.

—Me refiero al que sostiene la manzana prohibida y la ostenta ante nuestros ojos buscando tentarnos... Fenrir puede que sea su nombre, pero lo que importa aquí son sus actos. Ya que son éstos los que nos definen ante los ojos del Señor.

—Pero sólo es un vendedor de libros, con un profesorado en Filosofía. Y hasta ahora no ha hecho más que instalarse en su tienda, atender a los que pasan y darnos clases a los que pronto entraremos en la Facultad. —Fue una jovencita la que lo interrumpió esta vez, de contextura pequeña y delgada, y con una mirada demasiado desafiante al hablar. Era la hija de los Stevens. “Quizá debiera hablar con ellos al terminar la misa... por el bien de la niña”, pensó con un dejo de tristeza el padre Pedro.

—¿Pero lo han visto alguna vez por aquí? ¿Qué pueril motivo podría alejarlo de este lugar, donde alabamos la palabra de Dios?

—Puede que aún no haya terminado de acomodarse del todo o que no esté habituado a las costumbres del pueblo. Eso no implica que lo hiciera adrede para ofendernos.

“Otro más”, pensó el párroco al adivinar desde el fondo el rostro y la voz del joven Telamir, quien hasta hacía pocos años lo asistió como monaguillo en la parroquia. “¿Hasta dónde debería llegar para evitar perder más ovejas del rebaño?”.

—Pero lo es... es su propia elección la que niega deliberadamente la parte esencial de lo que somos —prosiguió—. Y lo sé porque yo mismo fui a visitarlo hace tan sólo unos días. Me extrañaba que no se hubiera

acercado por cuenta propia alguna vez y, como ustedes, también pensé que era cuestión de tiempo para que lo hiciera... Pero no. Él declinó mi invitación e insultó mi legado. ¡El legado de Jesucristo!

Los suspiros de indignación y asombro llenaron el lugar.

—Así es. Con su lengua de plata comenzó a destilar argumentos floridos y tendenciosos contra la Iglesia como institución y hacia mi persona. Se llamó a sí mismo ateo y proclamó que, desde su lugar, haría lo posible para “despertar a este pueblo del sopor continuo que lo mantenía en la ignorancia”. Pero ahora yo pregunto ¿es un sueño éste que vivimos? ¿Éste donde mediante lo que me enseñaron soy capaz de amar al prójimo y distinguir el bien del mal? Porque si es un sueño, yo no quiero despertar... Dios sabe que siempre he tenido el mayor de los respetos hacia todas las otras religiones. He abierto de par en par las puertas de mi casa y de mi corazón para recibir cordialmente a quien quiera que se aventure a entrar en ellos. Al desdichado y al necesitado, yo los abrazo. Sin importar su oficio, creencia, ni lugar de origen. Pero me es imposible en este momento poner la otra mejilla y soportar en silencio a quien ataca mi fe. Y por ello soy débil, lo sé. Por eso es que me paro aquí hoy, frente a ustedes, y ruego por su fuerza y comprensión... ¿Es alguien así a quien queremos instruyendo a nuestros hijos? ¿Realmente deseamos que el veneno de sus palabras confunda nuestros corazones? Porque eso es lo que pasará. La fe no es otra

cosa que un acto de amor, una elección propia basada en el corazón, el alma y las creencias de todos. Pero no podemos dejar que éstas sean manipuladas, tergiversadas. El resultado de ello sería el de un pueblo sin hijos, donde ninguno jamás buscaría volver, ni labrar la tierra... Un pueblo de fantasmas con la fe torcida.

“Nadie del pueblo volverá a acercarse a la librería del tal Fenrir. Eventualmente será él mismo quien opte por irse del pueblo”, pensaba con seguridad el padre Pedro, mientras atravesaba el patio para llegar a sus aposentos. A pesar de la tensión que sentía en su muslo derecho, caminaba a toda prisa, pues a lo largo del día lo había perseguido una sensación de suciedad que lo agobiaba, y precisaba llegar a su habitación cuanto antes para poder limpiarse.

Estaba satisfecho con lo que había hecho. Puede que hubiera exagerado en sus maneras y sus palabras, pero todo era por el bien mayor. No debía olvidarlo. Había muchas maneras de guiar al rebaño por el camino correcto y ésta era tan sólo otra de ellas.

Aún recordaba con desagrado su charla con Fenrir. Luego de varias semanas de su llegada y de darle el suficiente tiempo para instalarse, el padre Pedro había decidido que era hora de acercarse e invitarlo de manera oficial a la congregación. Todo el pueblo formaba parte de ella y era natural que un recién llegado se acomodara a las costumbres del pueblo al que acababa de mudarse. El aroma a libro viejo que inundaba el lugar,

LOS AMOS

M^a DEL PILAR JORGE

Las cámaras de vigilancia, encaramadas en los edificios, controlaban meticulosamente los movimientos de la calle. Lizy apresuró el paso; los acechantes ojos mecánicos le producían terror. Además, ya era de noche y en ese horario la mayoría de los humanos se amontonaban en los albergues.

La nueva especie que gobernaba el planeta lo había trastocado todo. Lizy, demasiado bonita para ser confundida con un híbrido, ni siquiera había podido conseguir un pase para trabajar en los comedores comunitarios. Su única opción para poder subsistir era la Zona Roja, y hacia allí se dirigía.

Haciendo un esfuerzo para sobreponerse a la repugnancia que le causaban los mutantes, Lizy comenzó a clavar sus ojos lánguidos en los jóvenes de aspecto desnutrido y en los viejos enclenques. Esa noche era par-

ticularmente fría y necesitaba comer. Fue por eso que le prestó atención a un individuo encorvado, de andar tembloroso, que se apoyaba en un bastón. Al percibirla, la criatura se le acercó y con sus manos torpes, de largas uñas, comenzó a tocarle las nalgas. Lizy estuvo a punto de rechazarlo, pero el arrobamiento con que la miraba y la gruesa pulsera de oro que exhibía en su brazo derecho, terminaron por convencerla.

El desconocido la tomó del hombro y la guió hacia la Zona de los Albergues. En ese lugar, las luces, el sonido de la música y el eco de voces disonantes escapándose de los bares y lugares de encuentros diluían la sensación de soledad. La soledad de sentirse diferente.

Ingresaron a una de las residencias más lujosas. En la recepción, Lizy le dio la espalda a su nuevo benefactor y simuló observar las noticias que pro-

Cuando, en su desesperación, se lanzó al vacío, notó que ya no había agua, y al caer escuchó las sirenas de la policía que se acercaban.

Y las tres mujeres, que eran una sola, miraban con agrado la caída hacia su muerte.

© ANTONIO SUÁREZ MORENO, 2015.



RAMÓN ANTONIO SUÁREZ MORENO
(México —México, D.F., 1952—)

Reside en Guadalajara (Jalisco) y entre sus autores favoritos están STEPHEN KING, PETER STRAUB, SHIRLEY JACKSON, ADAM NEVILLE y —dentro de la novela detectivesca— JAMES PATTERSON, C. J. BOX, MICHAEL CONELLY, JAMES ELROY y LEE CHILD.

Publicó en libros del grupo La Mesa Literaria (*Animalario* —2008—, *Fragmentos de la historia* —2010—, *Podría ser de otra manera* —2012—, *34 cuentos de humor* —2014— y *Son puros cuentos* —2014—) y de Literatos de la Ñ (*Letras elementales* —2014—), así como los libros *Historietas de crimen y terror* (2013) y *El secreto de la monja* (2014), y el relato “El Rey Lagartija”, en la revista electrónica española **La Gangsterera**.

En **NM** 34 colaboró con “La casa en Polanco”.

reacondicionado como librería, le había hecho recordar sus días de juventud en el seminario. Era obvio que la mayor parte del material que tenía a la venta eran ediciones nuevas de variados títulos, pero por el aroma a claustro que despedían los anaqueles más altos parecía que también tenía a la vista numerosos libros de su colección privada.

“Un estudioso”, recordó haber pensado. Era inevitable el cuestionarse por qué alguien así elegiría la vida alejada de la ciudad, para radicarse en un poblado tan remoto.

Luego de presentarse, lo había invitado a la misa de esa semana y a sentirse libre de participar de cualquiera de las actividades que se desarrollaban en la parroquia, para bien de la comunidad. El tal Fenrir se movía continuamente por el lugar, agradeciendo el gesto de venir a invitarlo en persona, pero en ningún momento contestaba de manera afirmativa a su invitación, y de hecho, por momentos, parecía bastante incómodo por la situación. Fue entonces cuando el párroco, para dar mayor color a lo que proponía, le insinuó que, ya que parecía ser alguien soltero, la iglesia era un estupendo lugar para conocer gente nueva y mujeres bendecidas con la gracia de Dios.

Fenrir detuvo en ese momento toda actividad que pareciera estar haciendo para observarlo fijamente a los ojos y decir con una media sonrisa: “Gracias, pero me gustan los hombres”. Así, como si nada. Como si hubiera dicho que en lugar del helado de chocolate prefería el de vainilla. Y ni siquiera esperó una reacción

por parte del párroco, sino que volvió a trabajar de inmediato. El hombre estaba orgulloso de lo que acababa de declarar.

Y entonces el padre Pedro dijo lo que dijo; sin pensarlo, pero no por ello de carácter menos valedero: “No en mi pueblo”.

Sólo a partir de allí las cosas transcurrieron más o menos de la manera en que las relató a su congregación. Discutieron fervientemente sobre la religión y sobre la institución de la Iglesia, hasta que el párroco abandonó el lugar completamente enervado.

Todavía le recorría por la espalda un escalofrío al recordar detalles de la conversación.

Por suerte todo eso quedaría pronto atrás. Los congregantes habían prometido no volver a tratarlo bajo ningún aspecto. Y, si así lo decían, así lo harían. Él conocía a su rebaño.

Apuró los últimos pasos para entrar en su habitación y cerrar la pesada puerta tras de sí. No contaba con traba alguna, pero confiaba en que las hermanas que rondaran por allí respetarían su privacidad. Se desvistió, dejando el hábito perfectamente doblado en la punta de su cama, y luego se sentó. Se miró la pierna derecha y pasó su mano sobre el cilicio de metal que la aprisionaba. Era una práctica que hacía mucho tiempo no utilizaba. Pero luego de la misa de aquella mañana, sintió que era necesario aceptar aquel dolor y sufrimiento por amor a Dios. La limpieza empezaba por su alma, pero tenía un correlato directo con su cuerpo. Después

de todo, y a pesar de lo noble de su motivación, había mentido a los suyos.

Rezó largo rato antes de acostarse a dormir y desabrochar el cinturón de su pierna.

Estaba cansado. Mental, espiritual y físicamente. Pero confiaba que todo el asunto de Fenrir llegaría a fin muy pronto y él podría dejar de pensar en ello.

Padre Pedro, podemos dejar de dirigirle la palabra a alguien e incluso bajar la mirada cuando nos habla. Pero si ese alguien entra a mi negocio, con dinero en el bolsillo, e intenta comprar comida, yo no puedo negársela.

Los jornaleros no abundan estos días, padre. Menos con la paga que ofrezco. El hombre parecía necesitar el dinero y yo realmente necesitaba cosechar la tierra antes de que se echara a perder. Es simplemente eso.

Mi hija quiere ser doctora, padre. ¿Qué otra opción me quedaba? Ella necesitaba ayuda y él era el único de por aquí que podía dársela.

Excusas.

Una tras otra.

Circunstancias del día a día que parecían conspirar contra él y contra el Señor.

¿Es que acaso podían existir tantas trabas a la hora de obrar el bien?

El púlpito parecía inalcanzable aquella mañana. Y el padre Pedro no se sentía del todo bien. Hacía días que tenía una fiebre que se negaba a abandonarlo. Deliraba por las noches y durante el día apenas si se sentía capaz de probar bocado alguno. Sobrevivía a pan y agua, básica-

mente, y cada tanto algún tipo de sopa que las hermanas le preparaban y lo obligaban a tomar. Sentía que estaba a prueba todo el tiempo. Que la mirada de Dios lo seguía para verificar su fortaleza de cuerpo y alma. Y él no claudicaría, aunque se le fuera la vida en ello.

Habían pasado varias semanas más desde aquella misa en que expuso a Fenrir ante todos. Y si bien en un principio las cosas parecían que marcharían según lo que esperaba, luego de unos días se dio cuenta de que aquello no sería tan fácil. Había cosas que no podía evitar, que no estaban en sus manos. La gente del pueblo era incapaz de dejar morir de hambre a alguien, de abandonarlo por completo en la ignominia; él había enseñado bien a su rebaño, pero tampoco podría rendirse.

Apenas llegó al púlpito se sostuvo de él lo más firmemente que pudo. Pasó su mano por el muslo derecho, simulando acomodar los pliegues de su hábito, y luego se dispuso a hablar.

—El camino a la verdad está plagado de sinsabores —empezó de repente. Como si hubiera estado conteniendo las palabras tras de su boca el mayor tiempo posible—. A veces aquella luz, aquel amor, aquel camino que intentamos alcanzar es tan vasto que, apenas asirlo y mirar un poco atrás, sentimos que perdimos mil cosas para llegar hasta allí. Y quizá así sea. Quizá el alma no es otra cosa que un cuenco que buscamos llenar día tras día; y ésta, como todo cuenco, tiene un límite, que apenas colmado comienza a rebalsar. Ahora

Cuando pasó por la estación de gasolina, el auto de ella ya no estaba.

Se sintió tranquilo. Hasta donde sabía, nadie estaba enterado de que Almendra y él eran amigos.

Y nunca volvió a oír de ella.

Hipólito dejó de leer. Le sudaban las manos. El escrito era una confesión.

En aquellos tiempos, la policía nunca hizo la conexión entre Almendra y él. En los diarios se comentó en alguna nota menor su desaparición, pero nunca lo relacionaron con ella. Ahora, con esto, el juego era diferente. Se puso a pensar. No tenía recursos, pero tenía que irse de ahí. Nunca les dio su dirección a los de la editorial, pero lo podían localizar por su teléfono. No dudaba de que ya estarían en ello, si no es que ya tenían su ubicación.

Se dirigió hacia su recámara y comenzó a empacar de prisa. ¿Adónde iría? No importaba; lo crucial era salir de ahí. Las últimas fotos que le tomaron fueron durante la presentación del libro, y eso tenía más de tres años y él había cambiado mucho su fisonomía. Tenía entonces el cabello más corto y ahora apuntaba canas en algunos puntos. Además, no se había rasurado y presentaba una barba incipiente. Se miró en el espejo y quedó satisfecho con su aspecto actual. Tomó unas gafas oscuras y una chamarra con cubierta para la cabeza. Fue a la sala y recogió su computadora; la metió también en su improvisada maleta. Estaba listo.

Una música suave entró en el cuarto; era hipnotizante. Se sintió atraí-

do y envuelto en ella. Quedó unos momentos en trance, mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar. Se sintió en paz y tranquilo. Salió de su marasmo, abrió los ojos. Se encontraba frente a la ventana.

En el edificio de enfrente se encontraba la mujer bella. Estaba vestida a la usanza de finales de la época victoriana en Inglaterra. La que había sido su musa lo miró a los ojos y le sonrió. Hipólito se sintió confuso.

De súbito, escuchó un ruido que iba creciendo. Parecía el sonido de agua que se precipita río abajo. Con asombro observó que una cantidad tremenda de líquido se dejaba caer sobre las calles aledañas y aumentaba su nivel con rapidez, dejando la ciudad inundada.

Lo más extraño era que podía ver con suma claridad a la mujer, a pesar de estar sumergida.

Ella comenzó a transformarse. Ante sus ojos se fue envejeciendo segundo a segundo y fue cambiando de una dulce joven a alguien horrendo, a un monstruo.

La tranquilidad que había sentido Hipólito se acabó y se reconvirtió en angustia y terror.

La música terminó y, en vez de ella, ahora escuchaba la risa demencial que lo sacaba de quicio. Comenzó a gritar con lo último que le quedaba de cordura. Vio que la vieja bruja se transformaba una vez más.

Ahora era Almendra. Estaba llena de tierra y carcomida por el tiempo que pasó enterrada.

El terror llegó a su máximo punto. Cualquier cosa era mejor que lo que estaba viviendo.

Llegaron hasta la orilla del río. Debajo, las rodaderas del viejo molino, algunas rotas, se movían con el impulso fluvial.

Hipólito logró detenerle las manos al mismo tiempo en que su pie resbaló. Trató de sujetarse de algo para no caer. Había un saliente que podría servirle. Soltó una mano de Almendra para sujetarse. Ella, obcecada por la furia, se sintió libre y observó dónde se encontraban. Comenzó a empujar a Hipólito para que cayese a las aspás.

Sorprendido por el nuevo impulso, la mano de él no pudo agarrarse del saliente. El único apoyo era la otra mano de Almendra.

La atrajo hacia él.

Ambos cayeron en el río. Uno de los brazos de la rodera dio de lleno en un lado de la cara de Hipólito. Vio estrellas. No había soltado a Almendra.

Ella golpeó con la espalda en el rodezno. Se escuchó un crujir. Hipólito trataba de salir a la superficie. Seguía sosteniendo la mano de ella. Por fin tomó aire e hizo un esfuerzo por sacarla. Algo estaba mal. Ella gritaba desahogada por el dolor.

Logró llegar a un punto donde había un escalón. Se detuvo ahí y la sacó.

—¡Desgraciado! ¡Trataste de matarme!

Cuando se impulsó para lanzarse de nuevo contra él, notó algo extraño.

Ya no gritó.

—¡No puedo mover las piernas! —dijo con cara de horror.

Él se le acercó y le apretó con fuerza. Ella no respondió.

Se había quedado paralizada.

Los problemas de Hipólito se convirtieron en algo muy serio. Ya

no había forma de que no lo demandase. Se vio en la cárcel. Encerrado para siempre.

Ella se recuperó de la impresión y volvió a maldecirlo.

Ya no había salida para él.

A menos...

Una idea le surgió; la empujó al agua una vez más.

Ella luchó para asirse de la orilla. Hipólito puso el pie sobre la cabeza de ella. Comenzó a empujarla hacia el fondo. Ella se revolvía desesperada. Él no la dejó salir. Después de un tiempo, dejó de moverse. Se quedó junto al cadáver, recuperando energías y planeando lo que debería hacer.

Buscando, encontró una pala. Cavó un hueco profundo pegado al río, junto a un laurel gigante. La lluvia seguía cayendo de forma violenta. Él sabía que con la temporada que apenas comenzaba el agua cubriría la tumba y depositaría sedimentos sobre ella. Sería imposible encontrarla, si no se sabía dónde buscar. Tiró la pala al río.

Buscó algo con qué jalar el auto atascado. Encontró unas cadenas entre las ruinas; estaban un poco oxidadas, pero le iban a servir. Puso su auto, al cual había tenido la precaución de ponerlo en un lugar alto, detrás del de ella. Con las cadenas pudo sacar el carro de Almendra del atasco. Manejando con unas bolsas de plástico en las manos, para no dejar huellas, se dirigió a la ciudad en el auto de Almendra. En la primera gasolinera que encontró se estacionó. Fijándose de que nadie lo observara, se apeó del auto y lo dejó con las llaves puestas y sin seguro.

A pie, se encaminó hacia el molino. Ya casi era de día cuando llegó. Tomó su carro y se dirigió a su casa.

bien, ¿con que llenamos esto que nos enriquece, que nos alimenta, esto que, más que mantenemos vivos, nos hace sentir vivos? Porque en algún momento debemos elegir qué es lo que se derrama y qué es lo que permanece. Una elección libre que vivimos y con la que convivimos día tras día. Eso... eso es lo que nos define como seres humanos, pero sobre todo como hijos de Dios.

De repente se sintió débil. Más que nunca. Podía sentir los ojos de los congregantes observándolo. Atentos, preocupados. Era por ellos y por ese cariño que profesaban que no podía dejarse caer jamás. Debía hablar.

—Y yo, en este camino de la verdad, como hijo de Dios que soy, también he cometido errores. He callado. Porque el propio error de otros, antinatural y desacertado, me ha llevado a manchar mi alma tan sólo por la cercanía de ello. Y creía estar protegiéndolos. Pero tal vez sólo estuve intentando protegerme a mí todo el tiempo, al ideal de comunidad que tenía en mi mente y en mi corazón. Pero ahora ya no callo. Ahora yo abro mi corazón y les pregunto a ustedes, mis hermanos ¿Quién puede negar a Dios? ¿Quién puede tomar entre sus manos la obra divina del Señor y regodearse en el acto de vivir mancillándola?

Las voces de la congregación se sumaban confusas una sobre la otra.

—¿De qué habla, padre? —decían—. ¿De quién habla?

—De Fenrir —contestó el párroco—. Desde el primer día que lo vi, me confesó altivamente su homose-

xualidad. Me miró a los ojos y decidió, por ustedes y por nosotros, que la obra de Dios estaba mal, que todo lo hermoso que él había planeado al darnos la vida no tenía validez alguna. Que a sus ojos y su forma de ver la vida, aquello en lo que creíamos y basábamos nuestra existencia no era en sus manos más que excremento moldeado a su antojo. ¿Pueden ustedes permitir que alguien así frecuente e instruya a sus hijos? ¿Que coseche su tierra y comparta su pan? Yo no. No cuando la mano de Dios y su obra están siendo cuestionadas. Ustedes son libres, hermanos. Libres de amar, de odiar, libres de fallar. Pero el día de mañana, cuando estén en su lecho de muerte, ¿cuál le dirán a sus hijos que fue el alimento de su alma? ¿Qué fue lo que eligieron para llenar aquel cuenco? Yo, al menos, ya he tomado mi decisión.

Todos hablaban en voz alta. Los padres abrazaban a sus hijos con vehemencia. Muchos gritaban. Los adolescentes peleaban entre ellos mismos.

Apenas terminar, el padre Pedro se sentó en la escalinata de mármol debajo de su púlpito, y desde allí los vio a todos retirarse de su iglesia. Ya estaba hecho. De alguna manera u otra su pueblo se salvaría de aquella abominación. Aun si hubiera algunos que sintieran compasión por el tal Fenrir, el peso de la mayoría acabaría por dominar y acallar esas voces.

Estaba agotado y apenas era consciente del dolor que palpitaba en su pierna derecha. Quizá ahora ya fuera capaz de dormir tranquilamente por las noches, como antes.

El murmullo ofuscado de las personas que aún estaban afuera comenzó a crecer repentinamente. Era algo que no esperaba. Buscaba que su congregación negara todo lo que representaba la figura de Fenrir, pero no que recurrieran a la violencia y le hicieran daño. No era ése el camino del Señor.

Cuando escuchó los primeros golpes en la puerta y los gritos que clamaban su nombre, se preocupó de veras. Quién sabe qué hizo su rebaño sin él allí para guiarlos.

Estuvo a punto de pararse cuando las puertas pesadas de la iglesia se abrieron de par en par, empujadas por el gentío.

—¡¡Usted nos mintió!! —decían, gritando en una cacofonía de voces superpuestas—. ¡¡Todo este tiempo no hizo más que mentirnos!!

—Fenrir es un buen hombre. La viuda de Martell acaba de confesarnos que lleva más de un mes viéndose en secreto con él. En secreto por miedo a lo que usted pudiera decir sobre ello.

—¡¡Sí!! E incluso estuvo trabajando como jornalero para ayudarlo a pagar sus cuentas... Ella tiene una hija enferma, y él no ha hecho más que auxiliarlas en todo lo que pudo... Por Dios, ¿cuál es su problema con él?!

—Ya no vamos a oírlo, padre Pedro. Su boca no hace más que escupir ponzoña cuando se abre. Quiere hacernos creer que es correcto sólo lo que a sus ojos tiene sentido... ¡El peligroso aquí es usted!

Así, uno tras otro, fueron negándolo y maldiciéndolo. Hasta dejar al

párroco abatido en el silencio de su propio dolor, sin más compañía que las últimas velas muertas que sostenían los crepitantes latidos finales de la luz del fuego.

En ningún momento se defendió. Ya no sabía cómo. Había sido engañado. ¿O era cierto que se negaba a ver más allá de su propio ser? Quizá fuera eso. ¿En qué clase de remedo de cura se había convertido?... ¿En qué clase de personas había intentado convertir a su rebaño?

No supo cuánto tiempo estuvo así. La única certeza era la de su soledad.

Los vitrales de los muros se encendieron transparentes en la luz de la luna que comenzaba a inundar su parroquia.

Se había adormecido abatido en algún momento, pero el dolor del cilicio apretando su muslo derecho lo volvió a despertar de entre medio de los sopores de la fiebre. Se sacó el hábito como pudo. Abrió un poco los pantalones sencillos que siempre utilizaba por debajo e hizo un esfuerzo tremendo por desabrocharse el cinturón de metal que aprisionaba su pierna.

Colocó el cilicio en el suelo, procurando taparlo con su sotana, y se recostó sobre la escalera de mármol, en el mismo lugar donde había estado desde que terminara la misa. Ni siquiera miró su pierna, sino que la dejó respirar apenas unos segundos para luego volver a abrochar sus pantalones. Sintió que la camisa de tela liviana que llevaba lo asfixiaba un poco, así que la abrió casi hasta la altura de su estómago. Tenía mu-

quina. Se volvió a encender, y aceleró mucho el motor. De seguro se había atascado. Se asomó y vio que tenía razón. El carro estaba muy hundido en el fango. Se apresuró a salir a ayudar.

Ella lo vio acercarse. Bajó la ventanilla.

—¿Me puedes ayudar a salir?

Hipólito se dirigió a la parte hundida. No iba a ser posible sacarlo sin la ayuda de otro vehículo.

—No vamos a poder desatascarlo —le gritó—. Ven conmigo adentro del molino, mientras esperamos que pase la lluvia. Entonces busquemos una solución.

Ella asintió, apagó el motor y, guarecida bajo un paraguas, se fue a refugiar a la estructura.

Cuando entró, notó que la rodadera aún funcionaba y lo hacía ruidosamente. Buscaron un punto donde pudieran hablar sin tanto escándalo.

Hipólito pensó que lo mejor era mantenerse en el plan original y no dar más largas.

—Te tengo que decir algo y no te va a gustar. Quiero que sepas que lo hice sin mala intención, pero las cosas se salieron de control.

Ella se le quedó mirando. Le hizo señales con la mano para que siguiese su narración.

—Aceptaron Caminos cruzados para su publicación.

Ella comenzó a dar brincos de alegría. A él le costó trabajo calmarla un poco para poder continuar.

—Espera, todavía tengo que decirte más. Me dieron un adelanto. Un adelanto muy grande.

Ella se preparaba para volver a su baile, pero algo en la cara de él la detuvo.

—¿Y entonces? —preguntó preocupada.

—Hice pasar tu obra como si fuera mía —dijo con vergüenza—. Recibí el dinero y no les he dicho aún que la obra es tuya.

Ella lo miró azorada, sin saber qué decir.

—Y además, ya me gasté casi la mitad —dijo con alivio. Ya había terminado su confesión. Ahora venía la forma en que arreglarían el asunto.

Almendra comenzó a dar rienda suelta a su ira.

—¿Cómo es posible que hayas hecho semejante cosa?! ¿Hace cuánto te dieron el dinero?!

—Casi seis meses —dijo en voz que apenas era audible.

—¿Y recién ahora se te ocurre decírmelo?!

Ella trataba de controlarse.

—¿Y el libro? ¿Va a salir a tu nombre?!

Él asintió con la cabeza.

—Pero lo podemos arreglar —informó Hipólito—. Ya es tarde para cambiar la edición. Sale a la venta la semana entrante. Pero te juro que haré la aclaración y te harán los pagos a ti. Podemos hacer un plan para que yo te vaya pagando.

—¿Y tú vas a aparecer como el autor?! ¿No es así?!

—No hay otra manera, por el momento, pero...

Ella ya no lo dejó continuar. Se lanzó dándole puñetazos a todos lados. Casi no le hacía daño; se alejó un poco. Ella lo siguió, mientras lo golpeaba y empezaba a arañarlo. Hipólito trató de asirla de las manos para que ya no siguiese, pero no podía controlarla.

—¡Maldito desgraciado! ¡Pero de ésta no te salvas! ¡Irás a parar a la cárcel! ¡No me importa el dinero ni el libro! ¡Mi meta final es verte pudrir en una prisión!

hora diaria. Cuando terminó la obra, se lanzó con varios editores con la esperanza de que lo publicaran. Pero siempre lo rechazaron. Fue cuando se encontró con la joven, Almendra Iñiguez. Le platicó su problema. Ella le confesó que también aspiraba a que la publicaran. Se hicieron amigos. Intercambiaron los libros para leerse mutuamente. Cuando Hipólito leyó *Caminos cruzados*, el libro de ella, no pudo evitar la envidia. Era excelente. Cuando se vieron la siguiente vez, ella le expresó que le gustaba su obra, pero que algunas modificaciones ayudarían al texto. Hipólito las hizo y su escrito mejoró. Pero aun distaba mucho de la calidad del de ella. Y fue cuando Almendra le pidió un favor. Que cuando fuera a alguna editorial, por favor, llevase su novela. Hipólito accedió medio malhumorado. ¿Cómo iban a ver su obra al lado de la de ella? Era casi seguro el rechazo.

Ella le platicó que un viejo maestro de su escuela ahora laboraba en la Editorial Buenaventura. Lo incitó a que fuera a verlo con ambas obras; escribió una carta de presentación para Hipólito. En ese momento se le ocurrió la idea; cuando se presentó con el maestro, llevaba los libros, pero había intercambiado los nombres. Ahora presentaba a *Caminos cruzados* como suyo.

Después de que los entregó, capó que había hecho una tontería; se había comportado como un niño. No importaba; si acaso seleccionaban *Caminos cruzados* simplemente les diría que se equivocó en la entrega y que la obra pertenecía a Almendra.

Mas cuando se comunicaron con él para decirle que les interesaba mucho esa novela, y —antes de que les aclarara la situación— expusieron el monto que pensaban dar por los derechos de la obra, Hipólito calló. Era demasiado dinero. Más del que había soñado alguna vez. Aceptó la cantidad sin contárselo a Almendra.

Y siguió así mientras la obra se encontraba en preparación. Las veces que ella le preguntaba qué sabía sobre las novelas, Hipólito le daba cualquier pretexto. Cuando se acercó la fecha de publicación, Hipólito vio que ya no había posibilidad de atrasar más la situación. Tenía que decírselo. Y lo malo era que ya había gastado buena parte del dinero. Pensando en que sólo utilizaría lo mínimo, sin darse cuenta, fue recortando el capital. Al punto de que, en ese momento, no tenía ni siquiera la mitad.

La citó para que se viesen. Quedaron en encontrarse en el viejo molino abandonado, a las afueras de la ciudad.

Hipólito se paseó nervioso por adentro del molino. Ya anochecía. Miró su reloj. Almendra ya no debería de tardar, y eso incrementó su angustia. Lo que pensó que sería una rápida confesión, aceptando las consecuencias, se volvió un laberinto mental, pensando y repensando una y otra vez, qué le diría. Comenzó a llover. Con fuerza. Incluso, a pesar de estar algo guarecido, el viento y la lluvia se colaban por los resquicios del deteriorado inmueble. Se cerró la chamarra.

Escuchó que un auto se acercaba. Oyó cómo las revoluciones del motor se rebajaron y se apagó la má-

cha sed, demasiada, pero no creía tener las fuerzas suficientes para ir por algo de agua. Tampoco podía esperar que alguien se la acercara. No ahora.

Sintió ganas de llorar, pero las reprimió.

Una de las hojas de la puerta de entrada pareció abrirse, apenas lo suficiente para dejar pasar a alguien. La luz no alcanzaba para distinguir sus facciones; apenas sus formas.

El párroco se sintió reconfortado al ver que alguien de su congregación aún lo tenía en estima. Pero a medida que la figura avanzaba esta sensación iba abandonándolo.

Fenrir.

La última persona del mundo que deseaba ver en su iglesia en este momento.

El librero se acercó hasta el padre Pedro en total silencio. Era imposible saber si lo miraba a los ojos o no, pero el párroco sospechaba que en esa mirada que la luz de la luna se negaba en mostrar se reflejaba el peor de los deleites.

Apenas llegar a su lado, Fenrir apoyó el revés de su mano derecha en la frente del padre Pedro, y de inmediato se retiró por unos segundos para volver con un vaso de agua fresca que depositó en las manos del párroco.

El cura se sentía abrumado, sin saber cómo reaccionar ante este gesto.

—Me mentiste —alcanzó a decir, apenas tomar un sorbo del agua.

—No del todo. De veras me gustan los hombres... pero también las

mujeres. Mis gustos no se limitan por la mirada superficial.

—Pero entonces, ¡lo hiciste a propósito! Para que yo reaccionara como lo hice. Para manipularme y poner a la congregación en mi contra.

Fenrir soltó una risa corta y melodiosa, que en la vastedad de la iglesia, sumida en las penumbras, sonaba casi lúgubre.

—Yo no hice nada de eso. Todo eso lo hiciste por tu cuenta. ¿O eres tan ciego que ni siquiera eso eres capaz de ver, párroco? ¿En qué momento comenzaste a confundir la voluntad de Dios con la tuya propia? La soberbia es considerada el original y más serio de los pecados capitales...

Aquello era más de lo que el orgullo del padre Pedro podía soportar. Sin darse cuenta comenzó a llorar profusamente. Y al hacerlo, comenzó a sentirse más liviano, más libre tan sólo por aceptar el peso de su propia culpa y de sus acciones.

Fenrir lo dejó llorar. No estiró su brazo hacia él ni tampoco lo consoló, pero lo dejó llorar todo el tiempo que necesitaba.

La luz de la luna bañaba el perfil del rostro de Fenrir. Sus facciones, recortadas a trasluz y ligeramente angulosas, parecían esculpidas en mármol, de una belleza absoluta y casi eterna. Su pelo ensortijado le recordaba al párroco la figura de los serafines que hubiera visto alguna vez pintadas en el óleo.

“Es hermoso”, pensó el padre Pedro. “Y más digno hijo de Dios que yo”.

Pasaron largo rato así en silencio. El tiempo suficiente para que el párro-

co llegara a sentir que eventualmente, a pesar de todo, sería capaz de encontrar la verdadera paz.

En algún momento, un sonido monótono comenzó a crecer junto a ellos, pero fue tan gradual y de naturaleza tan extraña que el padre Pedro tardó largo rato en comprender que lo que se escuchaba era la risa de Fenrir a su lado.

Ésta no tardó en transformarse en una carcajada oscura que reverberaba y se repetía siniestra en el eco de su propia manifestación, diluyendo por completo toda sensación de paz que el padre Pedro creía haber alcanzado.

—Perdón, perdón... —decía Fenrir sin poder dejar de reírse—; es que, si lo piensas detenidamente, la situación es de veras graciosa.

El padre Pedro lo miraba sin comprender.

—Es que, piénsalo —prosiguió Fenrir—, actuaste de manera tan precipitada e incorrecta que, a los ojos de tu congregación, cualquier cosa de la que intentes convencerlos ahora mismo va a ser indefectiblemente una mentira... incluso la más terrible de las verdades.

El párroco sintió que un sudor frío bañaba sus espaldas. No estaba del todo seguro a qué se estaba refiriendo Fenrir, pero la sensación de angustia que le provocaba escucharlo reírse crecía incommensurable, y lo hacía temblar de pies a cabeza.

—¿A qué te refieres?

—¿No te das cuenta? Te lo voy a explicar así: yo podría, en este mismo momento, traer a la hija enferma de la viuda Martell, arrastrarla hasta

aquí, romperle el cuello frente a ti, salir caminando tranquilamente, y nadie, ni siquiera una persona en todo este maldito pueblo, creería una sola palabra de lo que tú les dijeras. Tan sólo te culparían a ti en mi lugar.

—Pero... ¿por qué? —El padre Pedro sentía cómo las palabras se le atragantaban en la garganta por el miedo que sentía. Aún no comprendía del todo lo que estaba sucediendo, y era esto lo que más lo aterrizzaba.

—Espera, espera, tengo otra. Yo podría tomar el cilicio que escondes bajo tu hábito, subir las escaleras y ahorcar con él a todas las monjas que duermen arriba. ¡Que diablos! ¡Hasta podría violarlas sólo para hacerlo más divertido! Después de todo, pareciera que este tipo de juegos van completamente contigo, ¿o no?

El padre Pedro tragó saliva antes de intentar hablar nuevamente. Y fue en esa pausa, en ese pequeño segundo, en que creyó vislumbrar el iris completamente ennegrecido de los ojos de Fenrir.

—... ¿Qué eres tú?

—¡Oh!, pero creo que eso ya lo sabes, Pedro... Yo soy lo que habita en la Oscuridad.

El párroco sintió que las fuerzas se le escapaban del cuerpo. Quería correr, pero sus músculos entumecidos de pavor no le respondían.

Entonces Fenrir acercó el rostro al del párroco, tocando su frente con la suya propia. Al frío contacto de su piel, libaba las sensaciones que florecían de su alma atormentada.

—No te preocupes. No voy a hacer nada de lo que te dije... Al menos, no por el momento. No sería tan divertido

Notó que su computadora estaba prendida. Según recordaba, había apagado el aparato.

Se acercó.

La pantalla avisaba que lo que se había mandado se recibió con éxito. Miró el contador de palabras. Casi ciento cincuenta mil palabras. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Eso era una novela completa!

A un lado estaba su teléfono. Lo tomó. Observó un gran número de llamadas perdidas. Todas eran de Juan Grageda. Y eran de varios días. ¿Cuánto tiempo estuvo fuera de circulación? Vio la fecha en el teléfono. ¡Casi una semana!

Revisó entonces los mensajes de voz. También todos de Grageda. Se fue al más antiguo, y pulsó para escucharlo.

“Hipólito, recibí tu libro. Me indicas que ya está terminado. Lo leeré a la brevedad y te aviso”.

Se pasó al siguiente mensaje.

“Ya terminé de leerlo. Está muy bien escrito, pero hay algo que me preocupa y quiero hablar contigo antes de remitirlo a mis jefes. ¡Comunícate!”.

Los siguientes mensajes eran para que se pusiera en contacto. Cada vez con mayor frecuencia.

“Hipólito, ya no pude aguantar más. Pasé el libro a mis jefes y tienen la misma inquietud que yo. ¡Es urgente que te comuniques ya!”.

Luego, otra andanada de mensajes con el mismo tema.

Hasta llegar a uno que era muy preocupante.

“El asunto ya no está en nuestras manos. Han pasado varios días y no

sabemos qué te ha pasado. Los jefes decidieron avisar a la policía, a pesar de mis súplicas para esperar a saber de ti. Todos aquí queremos creer que lo que escribiste es ficción. Pero es muy realista, y hay muchas concordancias de fechas y situaciones. ¡Háblanos para aclarar esto!”.

¿La policía? ¿En qué carajos pintaba la policía? No se lo pudo explicar.

Los mensajes que seguían —todos, menos el último— eran para saber de Hipólito.

Llegó al correo final y lo reprodujo con angustia.

“Un último mensaje, y te lo mando debido a nuestra amistad. La policía encontró el cadáver en dónde lo señalaste. Nos acaban de avisar. Lo más probable es que vayan por ti. Debido a la situación, ya no me pondré más en comunicación contigo. Cualquier cosa, tú háblame. Adiós”.

Un escalofrío le subió desde el punto bajo de la espalda, recorriendo el largo de sus vértebras. Su cerebro empezó a pensar en lo único por lo que podría buscarlo la policía. ¡Pero no podía ser! ¿Cómo pudieron encontrar eso?! Debió de ser del libro, pero él ni siquiera lo escribió.

Miró la pantalla de la computadora. El procesador de textos ahora sí tenía letras. Se puso a leer.

Sintió temor cuando leyó que el nombre del protagonista era el suyo. La historia era su historia. Un joven que aspiraba a ser escritor. Le quedaba poco tiempo para redactar, ya que estudiaba en la universidad y trabajaba. En las noches se forzaba a escribir por lo menos una media

cio en sí; era como el preámbulo de algo más siniestro. Era la ausencia de todo.

Y, cuando terminó, comenzó el verdadero terror.

Pudo oír pasos que se acercaban. De mujer. El sonido de los tacones reverberaba con un volumen que no podía creer.

Los pasos se dirigían hacia él.

Hipólito sabía que no traerían nada bueno.

El ritmo de las pisadas fue en aumento. Las oía cada vez más cerca. Se levantó y comenzó a correr con lo que le quedaban de fuerzas. La adrenalina le dio una ráfaga de energía y escuchó que los pasos se iban quedando atrás. Pero, cuando se cansó, retornó el ruido y la cercanía.

Y ahora, además de los tacones, percibió un rumor que le causó pavor. Era la risa de lunática que escuchó en el departamento de la mujer, y que aumentaba de volumen. Se tapó los oídos, pero aún la escuchaba. El sonido parecía venir de adentro de su cabeza.

Ya no pudo más. Se detuvo y miró hacia donde venía la mujer.

Lo que vio lo horrorizó. Lo que lo seguía parecía ser una mujer. Pero cambiaba de cara constantemente, transfigurándose. Entre la niebla, las figuras se arrempujaban para sobresalir de las otras. Una de ellas era la que más se repetía, y era la más horrorosa. Y todo era contenido en una nube que mutaba no sólo de caras, sino de color y de textura.

Cuando eso que lo perseguía lo alcanzó, apareció una mano clara. Tenía las uñas largas; parecían pequeñas

dagas. Los dedos estaban encorvados, como si sufriera de artritis. Con un movimiento lento, la mano se levantó cuando estaba cerca de él. Y luego cayó sobre su cara, dejándole unos canales paralelos en la piel, de los que salió más sangre de lo que parecía normal.

Hipólito sintió un gran dolor. Y no dejó de gritar.

El sonido del vibrador del teléfono sobre la mesa reverberó. Hipólito tomó consciencia poco a poco, no como la última vez. Sintió el calor del sol en su cuerpo. Se movió. Sus ropas estaban húmedas. El aparato telefónico quedó inmóvil. No se atrevía a abrir los ojos. El celular volvió a vibrar. Recordó lo que pasó durante la tormenta. Se tocó la cara. Sintió las heridas y la sangre seca. Tembló y esperó quieto a que algo sucediese. El aparato se volvió a silenciar. Escuchó los sonidos de la calle.

Tomó valor y abrió los ojos. Se sorprendió al verse en su departamento. El calor del sol entraba a través de la ventana que él había tapado. Las maderas que utilizó para hacerlo estaban regadas sobre el piso. Tan sólo quedaban algunas puntas aun clavadas en el marco. Era como si algo hubiera impactado a través de esa barrera.

El teléfono emitió el sonido para avisar que había recibido un mensaje.

Se levantó poco a poco y fue revisando su alrededor. Todo lo demás en su departamento parecía estar igual. Se sintió débil y sediento.

No quería mirar a través de la ventana.

como verte sufrir por cada alma corrompida con la que termine alimentándome. —Tomó el rostro del párroco entre sus manos y depositó en sus labios un beso frío del que no pudo zafar.

“Flores muertas”, pensó el padre Pedro cuando Fenrir lo soltó. “Así debe de saber la muerte”.

—Aprovecha cuanto puedas cada una de tus palabras, párroco. Pues serán las últimas.

Luego, mientras comenzaba a alejarse hacia la puerta, Fenrir comenzó a reír nuevamente en voz alta. Y antes de salir agregó: —¿Sabes qué es lo de veras gracioso en todo esto? Que probablemente, de haber actuado de otra manera, hubieras sido el único que le hubiera dado a este pueblo alguna oportunidad para detenerme. Me odiaste y me temiste, sí, pero no por las razones correctas...

Y se alejó, llevándose su risa oscura tras de sí.

Apenas lo vio salir, el padre Pedro hizo un esfuerzo por ponerse de pie. Se aferró de la base del púlpito y se irguió lo mejor que pudo.

Tenía que avisarles; tenía que prevenir a su gente, su rebaño.

Salió a la calle a los tropezones, cayendo al piso varias veces antes

de alcanzar finalmente la plaza del pueblo. En el cielo, el sol parecía querer asomar, y su luz anaranjada se compartía a medias con la luna plateada que aún pugnaba por evitar desaparecer del todo.

Llegó a las primeras casas y comenzó a golpear las puertas con todas sus fuerzas. Una y otra vez en cada vivienda, hasta que la mayor parte del pueblo salió a ver qué era lo que pasaba.

—¡¡Demonio!! ¡¡Demonio!! ¡Fenrir es un demonio! —gritó el padre Pedro, con toda la fuerza de su voz.

Pero sólo llegó a repetirlo una vez más antes de que su voz se extinguiera para siempre.

La que alguna vez fue su fiel congregación lo miraba ahora con lástima.

—Dios lo ha castigado por sus acciones —decían algunos.

—Apagó su voz para evitar las acusaciones infundadas —decían otros.

Mientras, el párroco se apretaba con ambas manos el cuello y movía desesperadamente sus labios, en el más sombrío e incompromiso de los silencios.

© FACUNDO CÓRDOBA, 2014.

FACUNDO CÓRDOBA
(Argentina —Buenos Aires, 1983—)

Profesor de Artes en Música, graduado de la EMPA, da clases en los niveles Primario e Inicial. Forma parte del taller literario “Los Clanes de la Luna Dickeana” y publicó cuentos en *Próxima* y *Axxón* y en la antología *Psychopomp II: Bunny love*, de la editorial Gutter Glitter.

ASCENDIENDO AL OLIMPO

MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ

—¿Todo bien, amigo? —crepitó el intercom.

—Todo tranquilo y despejado —respondió Kuanip, mirando hacia fuera y hacia abajo. Estaba sentado en un estrecho reborde de roca, en el interior de una carpa de oxígeno, a unos nueve kilómetros sobre la superficie marciana, comiendo un sándwich. En la distancia el azul oscuro del cielo se curvaba sobre el horizonte polvoriento, por encima de desiertos y montañas, y hacia arriba la Unidad de Observación Orbital brillaba en el espacio, colgada de la tarde.

Kuanip masticó el sándwich con satisfacción, mientras el sol teñía de rojo las vastas planicies volcánicas.

Nadie lo había hecho antes y probablemente nadie volvería a hacerlo. Llevar a un escalador a la base del pico más alto del sistema solar, a doscientos millones de kilómetros

de la Tierra, era ya una proeza de la ciencia y la técnica, pero proveerlo de bases de suministro en cada escala de su recorrido, y monitorear su ascenso con una nave orbital y una estación de superficie, suponía una conjunción de circunstancias muy difícil de reproducir. Como respondiendo a la misma frecuencia de onda, la voz de Conrad habló a través del intercom.

—Nadie había hecho antes, Kuanip.

—Lo sé, amigo. Y nadie volverá a hacerlo.

Por lo menos, pensó Kuanip, hasta que Marte hubiera sido terraformado, y el ascenso al Olimpo constituyera una atracción turística que valiera la pena explotar. Claro que para entonces el monte Olimpo mediría considerablemente menos: la elevación del nivel del mar y la erosión atmosférica habrían hecho su obra. Por

golpes al mueble hasta dejar únicamente tablas. Tomó clavos y fue tapando la abertura sin poner la vista en la calle. Terminado el trabajo, observó su obra. Se sintió satisfecho, pero no tranquilo. Le dolía el cuerpo del esfuerzo. Le entró sueño, pero no se atrevió a dormirse. ¿Qué pasaría? Ni lo quiso pensar. Lo mejor era irse de este maldito lugar. Revisó su cartera. No tenía mucho dinero y sus tarjetas estaban ya llenas. Suspiró. Trató de recordar algún amigo al cual pedirle asilo, pero los había alejado cuando estuvo en la cúspide. ¡No importaba! Lo principal era irse de ahí. Ya vería qué hacer. Salió de su departamento.

En cuanto emigró del edificio, lo golpeó la lluvia y el viento. Con la prisa por salir de su casa no se guareció lo suficiente. Sintió que el frío se le colaba hasta los huesos, pero era mejor enfrentarse al clima que regresar. En poco tiempo, el agua se le metía por los resquicios de la ropa. La tormenta aumentó su intensidad. No podía ver más que unos metros adelante. Volteó a su alrededor, empapado. Se movió buscando alguna pared, pero no la encontró. Debía de estar caminando en el mismo sentido de la calle. Giró noventa grados y avanzó, pero después de varios metros no encontraba ningún edificio. Volvió a girar en ángulo recto y caminó otro tiempo. ¡Nada! ¿En dónde estaba? No escuchaba sonido de tráfico, y era lógico, ya que nadie en su sano juicio se lanzaría a las calles en esa tormenta. ¡Bueno! ¡Cualquier cosa era mejor que su departamento. Cruzó sus brazos y caminó sin rumbo. Tarde

o temprano llegaría a algún sitio donde asilarse. El frío se intensificó. Él comenzó a temblar ¡¿Cuándo dejaría de llover así?!

No supo cuánto tiempo estuvo vagando.

Alguien lo empujó. Salió de su marasmo y revisó a su alrededor. No se veía persona alguna.

—¡Ey! ¡¿Hay alguien aquí?! —increpó a la oscuridad.

No tuvo respuesta.

—¡Necesito ayuda! ¡Estoy perdido!

Sólo se escuchaban las gotas de agua al caer; una espesa niebla comenzó a formarse.

Gritó sin contestación alguna.

La lluvia comenzó a amainar. Pero la neblina tomó el relevo para impedirle la visibilidad. Levantó la vista al cielo, tratando de localizar algún arbotante que le sirviera de guía. Pero no encontró ninguno.

No pudo controlarse. Tiritaba de frío y habían pasado muchas cosas. Se puso a llorar.

Volvió a sentir que alguien lo empujaba. Miró para todos lados sin encontrar al culpable. Nuevamente algo lo propulsó desde la espalda. Se giró, al tiempo que lanzaba un golpe al aire, tratando de encontrar al causante, pero no vio a nadie.

Una y otra vez lo impelieron, sin encontrar quién era el que lo propiciaba.

Exhausto, se tiró al suelo, sollozando, formando un ovillo y cubriéndose con los brazos.

Los empujones cedieron.

Se hizo un silencio pesado. Eso le dio mayor angustia. No era un silen-

pear la puerta con los puños. Trató de abrirla a patadas.

El ruido se oyó una vez más. Ahora más claro. Se quedó quieto. Parecía una risa femenina. No estaba seguro. Puso el oído en la puerta para escuchar mejor. Definitivamente, era una risa de mujer. Pero tenía cierta cualidad de demencia. Sintió que lo recorría un escalofrío. La risa se apagó. Se hizo el silencio. Pegó más su oreja para tratar de escuchar algo más.

Un gran grito del otro lado de la puerta lo hizo caer al suelo, como si le hubieran pegado. Tenía los oídos tapados.

Con terror observó cómo la puerta se abría poco a poco. De entre la luz, una sombra en el piso se iba extendiendo. Alguien se encaminaba hacia adentro de la recámara; parecía tratarse de una mujer. La loca risa se volvió a escuchar, esta vez más fuerte que nunca, mientras la criatura comenzó a mostrarse.

Hipólito lanzó un grito.

El golpeteo de la lluvia sobre la ventana aumentó debido a que la tormenta crecía. Los truenos se espaciaron menos y fueron más ruidosos.

Hipólito, que se hallaba tendido en el suelo, se incorporó de un brinco. Sintió que ascendía a la consciencia de una forma muy rápida, como si cayera de un elevador. Su corazón palpitaba de prisa; incluso sintió que lo podía escuchar. Tan sólo su torso estaba alzado. Por instinto, y por lo último que se acordaba, fue empujándose hacia atrás con pies y manos hasta llegar a la pared. El pánico se

apoderó de él y no le resultaba posible pensar de manera racional.

Emitió gemidos mientras escondía su cara contra los brazos. Con las manos lanzaba golpes a todos lados. A alguien que supuestamente quería atacarlo. Luego de un par de minutos de estar así, dejó de manotear. Ya que no pasó otra cosa, se atrevió a mirar.

Estaba en su departamento.

La cordura le volvió mientras su mente trataba de esclarecer qué era lo que sucedía. Estaba solo. Todavía jadeante, se incorporó con cautela. Su corazón aún no había recuperado un ritmo normal.

Revisó su memoria. Su último recuerdo era en el departamento de enfrente. La sombra que venía hacia él, acompañada por esa risa demencial. Y al final asomándose para...

¿Para qué? No podía recordar qué fue lo que pasó después. Miró a su alrededor. ¿Cómo llegó ahí? ¿Estaba herido? Se palpó; no sintió sangre ni golpes en el cuerpo. Respiró complacido.

¿Pudo haber soñado que fue al departamento de enfrente? No. De eso estaba seguro. Recordó paso a paso su recorrido hasta allá. Eso había sido real.

Escuchó un ruido; era muy quedo. Se concentró en oír; parecía venir de la calle. Tan concentrado estaba que no se fijó que iba hacia la ventana. Unos pasos adelante se detuvo. Se alejó del ventanal de un brinco. Tenía terror de mirar. Se sobresaltó. Había estado hipnotizado. Fue a su caja de herramientas. Sacó un martillo y fue a su ropero. Lo vació. Agarró a

otro lado, nada de eso sucedería en milenios.

—El sándwich esta delicioso —añadió Kuanip.

—Me alegro —respondió Conrad—. Es posiblemente el sándwich más caro que alguien haya comido. Los pueblos de la Tierra han hecho un gran sacrificio para que tú puedas comerte ese sándwich.

—Maldita sea, Conrad, ¿eres acaso la encarnación de mi conciencia moral? Siento como si estuviera comiendo la carne de alguien que murió por mí.

—Eres un diablillo, Kuanip. Sólo creí mi deber, como responsable en última instancia de este desatino, recordarte que no estás sentado en la maldita *Rive Gauche* comiendo un *croissant* frente al Sena, sino en la ladera del volcán más grande que el Sol ha parido, a 9.371 metros sobre el nivel del mar, y que la temperatura a tu alrededor, exceptuando la agradable cámara que te rodea, es de 56° bajo cero. Las percepciones pueden ser engañosas. Me he jugado el culo por este paseo y no dejaré que nada te suceda mientras alcanzas la cima de la prosperidad y nos haces ricos a todos. Ahora estás bajo mi responsabilidad.

—Sólo dije que el sándwich estaba delicioso.

—Sé lo que dijiste... Sólo quiero que estemos atentos y enfocados. A esta altura estás casi en el espacio y cualquier paso en falso puede conducirnos al desastre.

Kuanip terminó de comer lentamente el sándwich, mientras retomaba gradual conciencia del lugar en que

se hallaba almorzando, y que parte de la ingrata tarea de Conrad, como jefe de la expedición, consistía en mantenerlo lo bastante objetivo y desencantado como para completar la arriesgada empresa.

Casi un centenar de marcas comerciales patrocinaban el ascenso, pero el viejo Conrad sólo respondía a los oficiales espaciales de las Fuerzas Armadas, y era un hecho que esos tipos lo colgarían de las pelotas si Kuanip no volvía de una pieza, bronceado y fumando un puro.

Kuanip se rió ante la imagen. La idea de fumar un puro a 9.300 metros de altura sobre el desierto marciano no había entrado ni aun en las más descabelladas fantasías de los publicistas cubanos pero, paradójicamente, parte del dinero aportado por las tabacaleras había sido destinado a la provisión de oxígeno para los campamentos de altura. Había veinte de esos campamentos en el recorrido del ascenso, como las estaciones de un vía crucis sideral enroscado en torno a la dorsal del mundo.

—Voy saliendo —informó.

Como un eco de la conversación anterior, la voz de Conrad le respondió: —Ahora eres nuestra responsabilidad.

¿O no era un eco? ¿Había dicho Conrad realmente eso?

—¿Cómo has dicho? —preguntó Kuanip mientras desinflaba la carpa de oxígeno—. *Amazonis*, repita por favor.

Silencio. El intercom hizo un crujido. Luego la voz de Conrad llenó el éter.

—¿Todo bien, amigo?

—No estoy seguro. Creí oírte decir “Ahora eres nuestra responsabilidad”.

—Tranquilo, amigo. Habrá sido un eco. Ponte en marcha; aún tenemos mucho por delante.

—A la orden, capitán.

Kuanip retomó el ascenso metódicamente, hacia la cumbre que afloraba más allá de la atmósfera marciana, como un arrecife galáctico emergido de la marea estelar. Avanzó paso tras paso por el suelo pedregoso y polvoriento, siguiendo la suave pendiente del camino que los ordenadores del Instituto Olímpico habían trazado para él.

Entonces volvió a sentir la voz, una voz que hablaba con la voz de Conrad, una voz que dijo:

—Ahora.

Y Kuanip desapareció.

Lo siguiente de lo que se dio cuenta fue de la voz de Conrad (ésta sí, la de él) gritando en su oído, a través del intercom.

—¡Kuanip, responde! Aquí *Amazonis* llamando a *Mercurio*; *Amazonis* a *Mercurio*. Responda *Mercurio*. Kuanip, aquí Conrad; responde Kuanip.

—Aquí Kuanip desde monte Olimpo; aquí estoy, Conrad. ¿Qué pasó?

—¡Tú dímelo, muchacho!

Kuanip miró a su alrededor, sin saber qué responder. Se encontraba en una pequeña plataforma de roca, una explanada abierta a la inmensidad de la superficie marciana, allá abajo. Hacia arriba, detrás de él y por encima de su cabeza, delgados cirros dorados

se arremolinaban alrededor de la invisible cima olímpica.

—Kuanip, ¿estás ahí, muchacho?

—reclamó Conrad.

—¡Sí, capitán! —se oyó contestar Kuanip.

—¡Hace veinte horas que te buscamos, amigo! ¿Qué pasa contigo?

—No lo sé, amigo. ¡Supongo que me desmayé! —atinó a responder Kuanip.

—¡Pues entonces levitaste en sueños, porque te encuentras cinco mil metros más arriba! Estás a 14.757 metros, sobre la Ruta Oeste, a unos seiscientos metros del Campamento XII. ¿Puedes verlo en tu mapa?

—Sí, creo que sí.

—Pues te sugiero que enfiles en esa dirección mientras me cuentas sobre ese “desmayo”. Puedo verte claramente ahora, pero no hubo modo de encontrarte durante casi un día entero, ni siquiera desde el cielo. La Unidad de Observación...

Pero Kuanip ya no escuchaba. Una modorra espesa, como de brea y sedantes, pesaba sobre su lengua y su rostro; como si su cuero cabelludo se hubiera derramado desde la coronilla, pensó, como un huevo abierto al vacío interestelar.

—¡Kuanip! ¡Kuanip! —rugió Conrad en el intercom.

—Sí, capitán.

—Estás bajo los efectos del mal de montaña. Te sacaremos de ahí inmediatamente.

“Ahora”, volvió a decir la voz.

“Ahora” se encontraba en un frondoso mar de hierba roja, caminando a tra-

ra entrega. Los jefes están tan contentos que ya hablan de lanzar el doble de volúmenes a la primera impresión. Incluso ya mandaron a traducir al inglés lo que has mandado. Están seguros que alguna editorial americana querrá comprar los derechos. ¡En fin, nos tienes en las nubes!

Hipólito se desconectó, mientras Grageda seguía deshaciéndose en elogios. ¿De qué demonios hablaba? Recordó entonces el escrito enviado. Todavía estaba algo confundido. Como pudo, cortó la llamada, después de pedirle que le mandara toda la novela. Le dio como excusa que quería revisar un pasaje del que todavía no se sentía seguro. Grageda le dijo que estaba perfecto, pero que, si era lo que quería, lo remitiría.

Hipólito necesitaba hacerse un café para estar despabilado. Cuando lo acabó, revisó su equipo de cómputo. Grageda ya había mandado el escrito.

Lo abrió.

Estaba en blanco.

Sin embargo, el contador de palabras contabilizaba cerca de treinta mil palabras. Definitivamente, algo extraño estaba sucediendo. Se dirigió a la ventana. El departamento de enfrente tenía las cortinas corridas. Lo sucedido debería de emanar de ese lugar. Tenía que investigarlo. Se vistió y bajó a la calle. En ese momento, alguien salió de ahí, lo que Hipólito aprovechó para apresurarse a entrar antes de que la puerta se cerrase.

No quiso utilizar el elevador; prefirió las escaleras. Subió al primer piso. Había un pequeño recibidor y dos puertas a sus lados. Desde una

pequeña ventana se observaba la calle. Miró hacia su departamento. Por la ubicación, el piso de la mujer debía de ser el de la izquierda. Se dirigió hacia allá. La puerta estaba ligeramente abierta; se asomó mientras tocaba con los nudillos.

—¿Puedo entrar? —exclamó.

Nadie contestó. Se metió un poco más.

—¿Hay alguien en casa?

Sólo le respondió el silencio.

El lugar estaba muy oscuro. Las cortinas eran muy gruesas y casi ocultaban en su totalidad la luz solar. Sintió frío; se frotó los brazos para entrar en calor. En ese momento se fijó en algo. ¡El sitio no tenía muebles! Hubiera jurado que sí los tenía. Trató de recordar cómo se veía el departamento desde su ventana, pero no le fue posible. Caminó hacia la zona de las recámaras. Todo estaba oscuro. Accionó el interruptor de luz. Nada. Llegó hasta la primera puerta y la abrió. Estaba vacía. Salió y se dirigió a la otra recámara. También sin amueblar. Pensó que se debió equivocar al escoger el departamento; que el de la mujer debía ser el del otro lado.

Ya salía de esa recámara cuando escuchó un ruido. Hay sonidos que emiten las casas y que son rutinarios y de acomodo, pero éste era algo diferente. Se miró el brazo. Parecía pollo desplumado; toda su piel estaba erizada. Y le entró temor, que fue creciendo hasta sentir pánico. La puerta se cerró de un portazo. Se lanzó para tratar de abrirla. Sus manos se resbalaban del picaporte redondo. No podía asirlo con firmeza; era como si estuviera bañado en aceite. Sudó frío. Comenzó a gol-

—Muy bien.

—¿Cuándo entregas lo que si-gue?

Por lo visto Hipólito no tendría descanso, si Grageda fuera el que decidiera.

—No lo sé. No puedes apresurar la inspiración.

—Tienes razón. Tómate tu tiempo, aunque espero que no sea mucho —dijo en tono de broma, pero diciéndolo en serio.

Colgaron. Bueno, por lo menos no daría lata en algún tiempo. Le dio sorbos a su café. Tal vez la siguiente vez que hablara le pediría que le adelantara algo del bono.

Se dirigió a la ventana. Seguía igual. La observó fijamente por un tiempo. Tomó una decisión. Dejó el café a un lado, se apresuró a vestirse y salió a la calle. Se cruzó a la acera de enfrente. Los botones para llamar a los departamentos tenían sólo números, nada de nombres. Se retiró un poco para mirar la fachada. Pudo deducir que eran dos departamentos por piso, por lo que el de ella debería ser el 1 o el 2. Tocaría en ambos. Antes de hacerlo se detuvo. ¿Qué iba a decir? ¿Que era el fisgón de enfrente? No. Todo esto era una mala idea.

Se regresó a su departamento.

Desde su atalaya observó la calle al día siguiente. No se veía a la mujer. Hasta ese momento no captó que no recordaba de qué se trataba su escrito. Fue a su escritorio y abrió su computadora. Buscó la narración. No la encontró. Eso era extraño. Le pediría a Grageda una copia. ¿Cómo no podía

acordarse del contenido? Mandó un correo a su editor pidiéndole el escrito. Esperó, sin tener respuesta alguna. Probablemente se encontraría en algún lugar desde donde no podía contestarle.

Le pareció escuchar una suave música que provenía de la calle. Se asomó a la ventana. La mujer se encontraba en su departamento. Pero esta vez se paseaba en ropa interior.

Ella volteó de improviso y le fijó la mirada. Él no supo qué hacer. La miró anonadado, sin poderse quitar de ese lugar.

Perdió la noción del tiempo.

Cuando regresó en sí, se encontraba frente a su computadora. La pantalla indicaba que había mandado un documento con éxito. Quedó asombrado. ¿Qué había enviado? No tenía consciencia de lo que ocurrió desde que la mujer lo miró. ¡La mujer! Se levantó y miró a través de la ventana.

Ya era de noche; había poco tráfico en la calle.

¿Adónde se había ido el día? En ese momento sintió un gran cansancio. Fue a su cama y se tiró sobre ella. Se quedó dormido de inmediato.

El teléfono sonó a la distancia o, por lo menos, era lo que parecía. Hipólito fue ganando consciencia mientras el aparato ganaba en volumen. Alcanzó su celular con la mano, todavía algo amodorrado.

—¿Sí?

—¡Esto es genial, Hipólito! Los siguientes capítulos que has mandado han superado las expectativas, ya altas, que teníamos después de leer la prime-

vés de la pradera con el pasto hasta la cintura, mientras las pequeñas lunas marcianas subían en un cielo añil de primavera.

Sobre sí pasaban formaciones de naves cuyos modelos nunca había visto: abigarradas plataformas superpuestas, aladeltas cargadas de volutas, ruedas de fuego orladas de glamorosos penachos arborescentes. Las naves se dirigían a la Tierra y Kuanip se quedaba ahí de pie, pasmado, el pelo revuelto al viento, al fondo del paisaje una especie de molino se recortaba contra la lejanía. Un tambor profundo, como un corazón, retumbaba desde el suelo. Kuanip despertó.

Era de noche, tenía hambre y estaba asustado. Sintió que le faltaba el aire. Con voz queda, habló al intercom.

—*Amazonis*, aquí *Mercurio*. *Amazonis*, aquí *Mercurio*. ¿Me escuchan? Conrad, soy Kuanip; respondan.

Kuanip era un consumado alpinista —había hecho cumbre en seis de las diez montañas más altas de la Tierra y había escalado en solitario el Nanga Parbat, en Pakistán— pero en ese instante, a veinte kilómetros de la superficie, a mil quinientos de la Estación Amazonis, y a doscientos millones de su planeta natal, se sintió solo y desvalido. Repitió el mensaje mirando hacia la oscuridad, el firmamento esplendente y una pequeña estrella azul que brillaba al oeste.

La respuesta de Conrad le llegó entre crujidos de estática.

—¡Kuanip! ¡Por Cristo, muchacho! Aquí *Amazonis*; hemos vuelto a perderte... Activa el faro direccional,

Kuanip; es difícil mantener el contacto...

Kuanip activó su faro en dirección a la Estación Amazonis, ubicada hacia el noroeste sobre la planicie de lava solidificada. Un día esa planicie estaría cubierta de mar, pensó Kuanip como otras tantas veces, y la estación sería una isla frente al inmenso volcán extinto de *Nyx Olimpica* (tal vez una villa vacacional para los amantes de las playas y la cultura de la Antigüedad), pero esta vez el pensamiento lo horrorizó. El suelo seguía retumbando, como en su sueño, con un latido que parecía provenir del corazón de la montaña.

—Ahora podemos verte, Kuanip. No sabemos cómo has llegado hasta ahí ni por qué se interrumpe el contacto, pero estás virtualmente en la puerta del Campamento XVIII. Debes dirigirte de inmediato hacia la señal y montar la carpa. ¿Puedes hacerlo, Kuanip?

—Sí, capitán —se limitó a responder el científico.

—Tenemos al *Súper Seis Seis* listo para ir a buscarte. Monta la carpa, aliméntate y aguárdanos. En noventa minutos estaremos allí.

Kuanip buscó en su reloj la señal del campamento. Había sido enviado a Marte, junto a un reducido contingente de militares y científicos, con el objetivo primario de montar y testear una serie de generadores Bronson destinados al proyecto de terraformación. El ascenso al Olimpo no había sido al principio más que una expresión de deseos del ya cuarentón ecólogo, pero en las casuales manos de una astuta promotora de produc-

ción llamada Linda Tate, se había convertido en un negocio multimillonario que prácticamente había pagado la expedición por sí solo. ¿En qué momento las cosas habían empezado a andar mal?, se preguntó Kuanip, mientras exploraba con la mirada en busca del módulo de campamento. El estómago le rugía de hambre y el indicador de aire/presión acababa de alcanzar la línea roja.

—Háblame, Kuanip —pidió Conrad, a un océano de distancia.

—Estoy buscando el módulo —dijo Kuanip justo en el momento en que lo veía y mientras lo montaba—. Ya lo tengo. Los espero.

El latido de la montaña iba en aumento, como una enorme maquinaria que hubiera despertado en las sombras. Kuanip desplegó la carpa de oxígeno y se sentó en su interior, mientras ramalazos de imágenes le atravesaban la cabeza alucinada.

Ciudades de papel como flores traslúcidas en el mediodía marciano.

Caravanas de naves atravesando los negros mares interplanetarios, rumbo a la Tierra.

Combates feroces sobre los cielos de una Europa increíblemente antigua, carros celestes chocando contra las gráciles naves terrestres; una catástrofe que había hecho retroceder cien mil años a ambas razas.

Comió un concentrado de banana, cereal y chocolate sin responder a la voz de Conrad que lo reclamaba, mientras el ojo de su mente pendía de la historia que la montaña proyectaba para él.

La montaña mostró a Kuanip los primeros contactos entre marcianos y terrícolas, la guerra que había sobrevenido y cómo ésta se había saldado con la aniquilación de Marte, cuando los terrestres, que nunca habían combatido en el planeta rojo, dispararon un arma que vaporizó los someros océanos marcianos, dispersando su contenido en el espacio, para hundirse a su vez en el Atlántico, arrastrando un continente en su caída.

La guerra interplanetaria había diezmado a los marcianos y había devuelto a los terrícolas a la Edad de Piedra. No obstante, los marcianos nunca habían abandonado su voluntad de comerciar con la Tierra y desarrollar sus enormes potencialidades; la humanidad vio desfilar las flotillas de naves, muchas veces combatiendo contra ellas, a lo largo de las eras que siguieron a aquella debacle inicial.

Cien mil años volvieron a pasar, pero mientras la humanidad se recuperaba lentamente, redescubriendo la agricultura en Levante y erigiendo precavidos zigurats astronómicos, los marcianos padecían la más grave decadencia.

Una facción que había permanecido apostada en el Mediterráneo traicionó a su raza y colaboró con los humanos para construir las pirámides de Egipto y otros artefactos defensivos. Otras facciones se volcaron a la guerra de guerrillas, resistiendo en desolados enclaves del Pacífico y el desierto de Gobi.

Pero la raza languidecía inevitablemente. A pesar de los contactos de la Edad Media y el Renacimiento,

desde ahí podía observar con claridad los departamentos de enfrente. Se fijó en el movimiento a través de una de las ventanas de un primer piso. Alguien recorría las cortinas. Se quedó pasmado. ¡Nunca había visto una mujer tan hermosa! Era joven y poseedora de un bonito cuerpo. Hipólito alcanzaba a ver desde su sitio casi toda la sala de ese piso. La mujer se perdió de vista unos segundos, para luego aparecer de nuevo. De súbito, sin esperarlo, ella volteó la vista exactamente hacia donde se encontraba él. Por unos instantes se cruzaron sus miradas. Él sintió que una energía desconocida le recorría el cuerpo. Se retiró de inmediato, ocultándose tras el muro. Se rió de él mismo. ¡Ni que fuera un joven de secundaria para esconderse así! Mas no se atrevía a mirar. Se quedó pegado a la pared durante varios minutos. Se asomó un poco; la mujer ya no estaba ahí.

A pesar de no haberla observado mucho tiempo, tenía clara la imagen en su mente. La pantalla en blanco había cambiado; ahora tenía puesta la presencia de la mujer. Comenzó a teclear sin pensar qué estaba haciendo. Tan sólo veía la foto imaginaria. Dejó de teclear. Se paró y tímidamente se asomó a la ventana. Ya no se veía a la dama y la cortina estaba cerrada. Sin saber por qué, dio un suspiro de alivio. Así era mejor.

Regresó a su escritorio. Miró estupefacto su monitor.

Ella era un ángel; su piel de alabastro contrastaba con lo negro de su cabello. Y el color azul intenso de sus ojos

ocultaban un misterio de aguas profundas...

¿De dónde demonios habían salido esas frases? Miró a su alrededor, pero estaba solo. Continuó leyendo. Después del inicio algo cursi, el texto se convertía en algo muy especial.

Terminó de leer. ¡Realmente era bueno! Y ni siquiera había que corregirlo.

Volvió hacia la ventana. La cortina seguía corrida.

Esto era muy extraño.

En ese momento captó que no importaba de dónde apareció el escrito. ¡Era su salvación! Se apresuró a ponerle su nombre y lo envió al correo de Juan Grageda.

En la noche durmió como no lo hacía desde hace tiempo. Se levantó de buen ánimo y contento. Se preparó un café y luego miró por la ventana. Todo seguía igual. Tal vez se imaginó a la mujer o, mejor aún, tal vez fuera su musa. Sonrió. Eso eran estupideces.

Sonó su teléfono. Era Grageda.

—¿Sí?

—¡Hipólito! ¡No tienes idea de la conmoción que has causado aquí! Yo lo leí anoche y quedé tan encantado que me atreví a despertar a uno de los jefazos a pesar de la hora. A él y a todos los demás les encantó ¡Ya sabía que tenías algo guardado! Y te voy a dar una buena noticia. Me pidieron los jefes que destruyera el último contrato y que regresáramos al anterior. Ya va en camino. Y me insinuaron que, si todo el libro continúa así, te entregarán un bono extra. ¿Qué te parece?

nes. Pero ya llevaba un par de semanas ahí, y seguía en las mismas. La mentaba no haber hecho un colchón para poder aguantar... pero lo hecho, hecho está. No le quedaba otra que suplicar por más tiempo, por más que eso le disgustara.

Trató algo más antes de lanzarse a la misericordia de la corte.

—¿Qué me dices del escrito que te mandé hace tiempo? Puedo corregirlo; es más fácil.

El libro que le había enviado era el primero que escribió. A él en lo personal le gustaba, pero su editor se lo rechazó desde un principio.

—Ya hemos pasado por eso. Hay una diferencia abismal de esa historia con *Caminos cruzados*, el libro que te editamos. Ni siquiera se los mandé a los de arriba. Me iban a despedir si lo hacía.

No quedaba ya otra salida.

—¡Dame una última oportunidad! ¡Te lo ruego!

—Me llevas diciendo eso desde hace tiempo. Ya no te creo.

¡Maldito bastardo! ¡Quería que se humillara más!

—Te puedo decir que haremos. Te conviene. Estoy dispuesto a rebajar un par de puntos porcentuales de mi pago.

Silencio en la línea. Hipólito supo que lo había enganchado.

—¿Estás dispuesto a firmar los nuevos términos? —preguntó el editor.

—¡Desde luego! Si no fuera así, ni lo habría mencionado.

—¡Está bien! Redactaremos las nuevas condiciones el día de hoy. Te lo mando mañana para que le pongas tu rúbrica.

—Muy bien.

—Sólo una cosa más. Expondré en dicho contrato el tiempo límite para entregar aunque sea el primer capítulo. Si no lo cumples, deberás devolver el dinero, y si acaso no puedes se te cobrarán intereses desde esa fecha.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Un par de semanas.

—¿Qué?! Debes estar bromeando.

—No lo estoy. Te estoy pidiendo un solo capítulo, y ni siquiera corregido. Creo que es algo razonable.

—Necesito algo más de tiempo.

—Lo siento. O es así, o ya comenzamos el proceso para que devuelvas el adelanto.

El muy idiota lo tenía contra la pared. Le estaba haciendo concesiones importantes y el desgraciado las aprovechaba para ahorcarlo. Lo mejor sería terminar la situación de una vez, y al diablo las consecuencias.

Iba a comunicar su decisión cuando captó algo. Le pedía un capítulo; lo podía hacer de cualquier cosa y entregarlo. Si lo rechazaba, se agarraría de ahí para pedir más tiempo. Era un solo capítulo; nadie dijo que tenía que ser uno bueno.

—Está bien. Tú ganas. Mándame eso.

Hipólito se paseó nervioso por el cuarto. Era increíble que los quince días estuvieran a punto de concluir. Y no se le había ocurrido algo. Ni siquiera algo malo.

Se acercó a la ventana. Su departamento estaba en el último piso y

cada vez más escasos e interpretados casi siempre como intrusiones demoníacas, el vínculo entre las razas estaba condenado al fracaso. Un último intento de colonización, con cabecera en Londres, a fines del siglo XIX, no había hecho más que propagar la epidemia británica de fiebre amarilla en las agostadas poblaciones remanentes.

La raza marciana se extinguió.

Kuanip sintió un gran dolor al tomar conciencia de todo esto. Los terrícolas habían olvidado, habían callado y habían silenciado, pero en el fondo de su memoria sabía que esa historia era cierta, que de algún modo los humanos habían acabado con los marcianos como habían hecho con el epopo y el charadrio, la mantícora y el equinemón. Como ecólogo se sentía indignado: como ser humano, miserable. Se sintió triste también, y quizá un poco reivindicativo. No es posible, se dijo, que los humanos destruyan la vida en otros planetas además del suyo...

La montaña era convincente. Kuanip sabía que ascendía hacia la cima por senderos subterráneos, invisibles para el cielo y sus esbirros, mientras la médula del mundo tañía su rabel bajo la roca. Kuanip comía, recargaba su traje, tal vez dormía, mientras subía hacia el cielo y el tope del mundo. La montaña era persuasiva.

En el interior de la montaña había una máquina. Los últimos sobrevivientes la habían montado en el postrer crepúsculo de la raza. La habían cargado con toda la información posible sobre la civilización marciana, sus

artes y sus técnicas, su auge y su caída. Luego, uno a uno, habían ingresado en la máquina, digitalizándose hasta convertirse en su memoria, su corazón y su personalidad.

Como le estaba pasando a Kuanip en ese mismo instante.

Mientras alcanzaba la cima del monte Olimpo, con la vista dominando todo el globo, y los gritos desaforados de Conrad atronando en sus oídos: "¡Te tenemos, Kuanip, te tenemos!", la máquina lo iba convirtiendo en un marciano, lo integraba en su memoria, le donaba un nuevo ser. Kuanip sintió cómo su propio yo cambiaba, cómo devenía heredero de una cultura majestuosa y milenaria. Supo los nombres de los reyes y los dioses, cómo entonar una endecha, cómo pilotar una nave. Supo también cómo fabricar una máquina de psicontrol, en el preciso momento en que comprendía que el monte Olimpo mismo era una máquina de psicontrol, y se le implantaban los códigos y datos para convertir su propia nave en una máquina de psicontrol capaz de abarcar todo el planeta, durante su regreso a la Tierra.

El nombre con que la Estación Amazonis lo llamaba, *Mercurio*, designaba para los griegos al mensajero de los dioses; en una tradición más antigua, Prometeo había escalado el Olimpo para quitarles el fuego a éstos y dárselo a los mortales. Ahora Kuanip encarnaba estas leyendas de un modo inesperado: había devenido el último de los marcianos —quizá el primero, según se mirara—, y llevaba como mensaje a los hombres un fuego que los haría arder.

De pie al borde del espacio, agitando la bandera azul y blanca en la cumbre del sistema solar, su mente dividida en dos —al modo de los mar-

cianos—, Kuanip festejó su triunfo y se aprestó para dirigirse a la Tierra.

© MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ, 2015.



MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ
(Argentina —Quilmes, Buenos Aires, 1973—)

Incursionó en la música y la expresión plástica y publicó la novela *Historia natural* (1995), así como relatos y artículos diversos en revistas de la Argentina y España. En **NM** 34 colaboró con “En las playas de las estrellas”.

INSPIRACIÓN

RAMÓN ANTONIO SUÁREZ MORENO

Hipólito Buendía observó una vez más la pantalla en blanco de su computadora, antes de revisar su reloj. Tan sólo habían pasado un par de minutos desde que lo vio por última vez. ¡Era inútil! No se le ocurría nada.

Sonó su teléfono. Miró quién hablaba. Dio un suspiro. Ya se había negado varias veces a contestar. No era posible seguir dando largas.

—¿Hipólito? Habla Juan Grageda, tu editor. Espero que me tengas buenas noticias.

—Desgraciadamente no —contestó con enojo.

Hubo unos momentos de silencio del otro lado de la línea.

—Mira —dijo Grageda por fin —, no es cosa mía, pero tengo mucha presión de allá arriba. Me aliviarías mucho si me tuvieras aunque fuera un par de capítulos.

—¿Qué te puedo decir? Tengo un bloqueo tremendo. Y aunque he

barajado algunas ideas, no han tomado forma.

—Yo voy de acuerdo en lo del bloqueo, pero esto ya se pasó de la raya. Llevas así más de un año desde que pasamos la fecha en que debiste entregar. Además, se te dio un muy buen adelanto, y eso aumenta los nervios de los jefes.

—Lo sé, no tienes que repetírmelo.

—Tal vez lo mejor que podamos hacer es que regreses el adelanto. Nos quitaría el estrés a todos, incluyendo a ti. Te prometo mantener el pago en esa cantidad cuando nos hagas la entrega. Te dejo de molestar y puedes trabajar a tu ritmo.

Hipólito sospechó que Juan ya intuía que no quedaba mucho de ese dinero. ¿Pero qué podía hacer? Ahora se encontraba en un departamento que alquiló a las orillas de la ciudad, para poderse inspirar sin interrupcio-